CAMPO

OBRAS

DE

JAVIER DE VIANA

GAUCHA (novela). Ensayo de Psicología Nacional	$	0.50
YUYOS (cuentos camperos) . . .	”	0.50
MACACHINES (cuentos breves) .	”	0.50
CARDOS (cuentos del campo) . .	”	0.50
ABROJOS (escenas del campo) . .	”	0.50
SOBRE EL RECADO (cuentos del campo)	”	0.50
CON DIVISA BLANCA	”	0.40
RANCHOS (costumbres del campo).	”	0.50
LEÑA SECA (4.ª edición) . . .	”	0.50
PAISANAS	”	0.50
GURÍ y otras novelas (3.ª edición).	”	0.50
CAMPO (escenas de la vida de campaña)	”	0.50

Nuevas obras a editarse por esta casa

DEL CAMPO A LA CIUDAD.
POTROS, TOROS Y APERIASES.
TARDES DEL FOGÓN.
LA BIBLIA GAUCHA.
CUENTOS ROJOS.
RIVALIDADES (novela). Ultimas escenas de la vida de campaña.

JAVIER DE VIANA

CAMPO

3.ª EDICIÓN



MONTEVIDEO

CLAUDIO GARCIA, Editor
CALLE SARANDÍ, 441
1921

Imp. "El Siglo Ilustrado", de Gregorio V. Mariño
938 - CALLE SAN JOSÉ - 938

ULTIMA CAMPAÑA

ULTIMA CAMPAÑA

I

—Siguiendo el Avestruz abajo, abajo, como quien va pal Olimar... ¿ve aquella eslita'e tala, pallá de aquel cerrito?... Güeno, un poquito más pa la isquierda va encontrar la portera, qu'está al laíto mesmo'e la cañada, y dispués ya sigue derecho pa arriba por la costa'el alambrao.

—¿Y no hay peligro de perderse?

—¡Qué va'aber! Dispués de pasar la portera y atravesar un bajito, va salir a lo de Pancho Díaz, aquellos ranchos que se ven allá arriba, y dispués deja los ranchos a la derecha y dispués de crusar la cuchillita aquella que se ve allá... ¿no ve?... pacá de aquellos árboles?... sigue derecho como escupida de rifle y se va topar la Estancia del coronel Matos enseguidita mesmo.

—Gracias, amigo. Hasta la vista.

—De nada, amigo. Adiosito.

Cambiáronse estas palabras entre dos viajeros, desconocidos entre sí, y a quienes la casualidad había puesto un momento frente a frente en medio de un camino.

Uno de ellos,—paisano viejo, vecino de las in-

mediaciones,—se alejó rumbo al norte, cantando entre dientes una décima de antaño; y el otro, joven que trascendía a pueblero y casi a montevideano,—no obstante la bota de montar, la bombacha, el poncho, gacho aludo y pañuelo de golilla,—continuó hacia el sur, castigando al bayo que trotaba por la falda de un cerro pedregoso.

Se estaba haciendo tarde; una llovizna fastidiosa mojaba el rostro del viajero, y un viento frío que corría dando brincos entre las asperezas de la sierra, le levantaba las haldas del poncho que se le enredaba en el cuello, o le cubría la cabeza, obligando a su brazo derecho a continuo movimiento de defensa.

Malhumorado iba el joven, quien, para colmo de incomodidades, luchaba vanamente con el viento por encender un cigarrillo, que al fin hubo de arrojar con rabia después de haber gastado la última cerilla.

—¡Maldito viento!—exclamó fastidiado, y castigó de nuevo su caballo, llegando a poco a la portera que le indicara el paisano. Entonces pudo emprender galope por un llano pequeño, y luego, traspuesta la cuchilla, se *topó* con la Estancia del coronel Matos, en cuyo galpón se detuvo pocos instantes después, mohino y mojado.

Estaba anocheciendo.

Ladraron los perros y a poco oyóse una voz gastada, que con el modo de hablar calmoso del gaucho viejo, gritaba:

—¡Juera *Talebar!* ¡juera *Zorro!* ¡juera! ¡jue-

ra!... Pucha perros éstos, si son "corsarios"... ¡Juera *Talebar!*...

Tuvo que tirar una piedra a la perrada embravecida para lograr que callase, o al menos que se apartara un poco, y luego, arrastrando las chancletas y poniendo la mano de visera, se fué acercando al recién llegado, observándolo con toda clase de precauciones.

—Buenas tardes, amigo,—dijo éste, con voz fuerte y bien timbrada.

—Güenas tardes, amigo; abajesé,—le contestó el paisano.

Se apretaron las manos. El gaucho con ademán receloso, el joven con íntima satisfacción.

—¿El coronel Matos está en las casas, amigo?

El viejo contempló atentamente al forastero, se rascó la cabeza, y

—Está, sí,—dijo.

Y luego:

—Asigún...

—¿Cómo asegún?

—¡Pues! Pal caso estoy' yo que soy el capataz, que es lo mesmo.

—Pero el coronel, ¿está o no está?

—Estar, está.

—Pues entonces tengo que hablarle.

El capataz observó al joven cada vez con más desconfianza; tosió, miró al suelo, y después, con aire resignado, aunque no tranquilo:

—¿Que hablarle? ¡Hum!... En fin, pase pacá.

Y el gaucho echó a andar adelante, moviendo lentamente sus piernas "cambuetas". Cruzaron

de un extremo a otro un ancho patio cubierto de pedregullo y llegaron a un rancho largo y negro, cuyas paredes de terrón estaban agrietadas en varios sitios y carcomidas en la base, donde la gramilla crecía lozana.

El joven se detuvo un momento para considerar aquella miserable vivienda, y su mirada pasó rápidamente del muro derruído a la paja negra, escasa y despareja del techo; y a la puerta de mal juntadas tablas de pino blanco, pequeña, sin pintura, llena de grietas, obra del agua y del sol, y cubierta de manchas, obra del barro amasado en el patio en muchos inviernos.

—Pase,—murmuró en ese instante el viejo capataz.

El forastero se inclinó para no dar con la cabeza en el marco de la puerta, y apartando con la mano las ramas de una higuera escuálida que se extendía hacia aquel sitio, penetró en el interior de la Estancia del coronel Manduca Matos.

Su acompañante, después de lanzarle una mirada recelosa, se alejó al tranco, cavilando en las frases con que iba a empezar su discurso, en la cocina, para enterar a los tertulianos del fogón de la llegada de aquel forastero, "un pueblero que le jedía a tramoya y a cosa sucia".—Yo ya soy ñandú viejo y he llevao muchos sogasos,—decía,—y me maliseo que este cajetilla es algún inmisario de los dotores que dicen que están haciendo la regolución. Charlan que en la ciudá las papas queman, y que las cosas andan más ajustadas que

sombrero'e colla. Pa mí que el mosito viene a hablarle al coronel pa que dentre en el juego; pero, ¡golpiá que te van a abrir! Se m'iace que se va a topar con el horcón del medio, porque el coronel está arisco y más sobao que manea vieja y no dentra en corral de ovejas ni aunque le trujeran tuito el oro'el Presidente Santos.

Así filosofando, llegóse a la cocina, y al pisar el umbral de la puerta, interrumpió la chacota de los seis o siete peones que tomaban mate alrededor del fogón, lanzándoles a boca de jarro esta noticia inesperada:

—¡Muchachos, tenemos regolución!

—¿De endeberas?—preguntaron varios, levantándose rápidamente de sus asientos; y el gaucho viejo, inclinándose para coger un banquito de ceibo, y con mucha calma:

—Colijo que debe haber,—dijo;—este moso que vino no me dentra.

—¿Pero usted olió algo?

—¡Pss! cuasi nada; nada, pero aura van a ver.

Y hallado el principio del discurso y conseguida la atención del auditorio, el viejo paisano dió comienzo a su fantasía bélico-dramática, improvisada durante la travesía del patio.

Previo el saludo de estilo, forastero y dueño de casa se instalaron en sillas de madera tosca, pintadas de verde oscuro con florecitas claras en los travesaños del respaldo.

—Pues, sí, señor coronel,—comenzó el recién llegado,—tengo esta carta para usted;—y le en-

tregó una que con gran cuidado llevaba oculta en la caña de la bota.

Mientras el viejo miraba la letra del sobre e iba luego por las gafas al cuarto inmediato, el joven estuvo observando la habitación.

Una pieza bastante grande, que era comedor y sala. Muros negros, de terrón sin blanqueo, porque la mano de cal había desaparecido hacía tiempo, no dejando sino una que otra mancha blanca. Un San Antonio y un San Juan, oleografiados sobre cartón que se continuaba en forma de marco, *clavados* en la pared del frente; una mesa grande en el centro; una mesita en un ángulo, y media docena de sillas que se sostenían con dificultad en el pavimento de tierra, desigual, rugoso, lleno de elevaciones y depresiones.

Entró el viejo, y con gran trabajo logró leer el contenido de la carta. Luego, se quitó las gafas, alzó la cabeza, y mirando fijamente al emisario:

—Vamos a ver qué es lo que usted tiene que decirme,—exclamó.

Entonces el joven, emocionado y un poco confuso, empezó a explicarle el objeto de su visita. Díjole en pocas palabras que el país estaba cansado de sufrir la afrentosa tiranía de Santos; que los *amigos* de Montevideo estaban dispuestos a la lucha; que la revolución era un hecho y que contaban con el patriótico concurso de los caudillos, que, esta vez como siempre, habían de estar dispuestos al sacrificio.

El viejo lo oyó en silencio, y luego, fijando en

el mensajero la mirada penetrante de sus grandes ojos negros,

—¡No!—dijo secamente,—yo no voy.

El joven, que sin duda contaba con aquella resistencia, dió principio a su tarea de convencimiento.

¡Vana tarea! El viejo soldado movía la gran cabeza poblada de larga y abundante cabellera cana, en signo de obstinada negativa, y entonces el mensajero resolvió cambiar de táctica. Bruscamente abandonó sus insinuaciones y le empezó a hacer preguntas sobre el estado del campo y los ganados.

—¿Tomaremos un mate pa abrir el apetito?—preguntó Matos.

—De mil amores, coronel.

—¿Dulce o amargo?...

—Amargo, amargo, coronel; aunque montevideano, también soy oriental.

El viejo sonrió; el joven observó el efecto de su frase y continuó hablando de "bueyes perdidos".

Una "mucamita" preparó la mesa y a poco la cocinera anunció que la comida estaba pronta.

—Arrimesé, amigo,—exclamó el coronel con el gozo del paisano que ve un asado gordo.

—Con gusto, que el viaje me ha dado hambre,—dijo el joven, y quitándose el poncho de verano, se sentó a la mesa, enfrente del dueño de casa. La señora y la hija de éste, silenciosas como espectros, sin hacer ruido ni al caminar, ocuparon también sus respectivos sitios. Al lado del joven sen-

tóse el capataz, quien seguía mirándolo con malos ojos.

Concluída la cena, que fué alegre y apreciada, bien que no se compusiera de otra cosa que de un asado de vaca, un gran puchero de espinazo acompañado con "pirón" y un buen vaso de "apoyo", el joven supo hacer hábilmente que la conversación recayera sobre la presunta revolución.

—Ya no se puede más,—dijo;—en Montevideo la vida es triste y penosa; ¡pero aquí, aquí! ¡ustedes que viven como esclavos del Jefe Político y sirvientes del Comisario! No hay un mozo hábil para el trabajo que no se vea obligado a huir para escapar a la leva. Porque, amigo, ¡si usted supiera lo que pasan los infelices en los cuarteles!

—Se cuentan perrerías,—dijo el coronel.

—¡Canejo, si se cuentan!—agregó el capataz.

—¡Uf! Allí los matan a palos, los golpean, los humillan... Yo sé de un desgraciado a quien le dieron treinta mil azotes porque intentó desertarse.

—¡Qué canallas!—exclamó el coronel.

—¡La gran... pa una puerta!—dijo el viejo, haciendo un gran ademán.—¿Y ése, dejuro, jipió?

—¿Cómo?...

—Digo: ¿se jué pal otro barrio?

—¡Ah! sí; ¡es claro! Pero eso ya no extraña. Estamos cansados de saber que esos miserables llegan hasta el extremo de arrojar a las fieras a ciudadanos honrados, dignos, trabajadores...

El coronel gruñó sordamente; el capataz, inquieto y curioso, preguntó:

—¿De adeberas, amigo, hay eso de las fieras?

—¡Y tan de veras!

—¡Bea, amigo, bea!—y concluyó moviendo la cabeza con aire de asombro:—¡yo le aseguro que eso no lo creiba, palabra de honor!

—Hay que creerlo, sin embargo. Cada cuartel es una inquisición, un antro horrible donde se comete toda clase de atentados, ¡donde se humilla diariamente a nuestra patria querida!

—¡Qué gentes!—murmuró sordamente Matos.

—¡Manga'e sarnosos!—agregó el viejo.

El coronel tenía el entrecejo fruncido, y, profundamente emocionado, no levantaba la vista de la mesa en la cual apoyaba los codos.

El mensajero continuó:

—Por eso no me extraña lo que me dicen, que todo el gauchaje anda alzado; que la mozada, temerosa de caer en las garras de esos herejes, horrorizada con lo que se cuenta, ha ganado el monte y allí vive reemplazando al jaguareté y al puma y al perro cimarrón, oculta entre los matorrales, haciendo en la noche salidas de alimaña para procurarse un pedazo de carne y regresando luego al monte, que es su protector y su todo; porque el gaucho, amigo coronel, no tiene ya casa, ni propiedades, ni libertad... ¡ni patria! ¡La patria se la han apropiado los bandidos que nos mandan!...

El joven, conmovido a su vez, guardó silencio un instante; y el coronel, pestañeando para que

no se le cayeran las lágrimas, dió un puñetazo sobre la mesa, diciendo con voz trémula:

—¡Es la verdá, amigo! ¡la pura verdá!

El viejo capitán, lagrimeando, se puso a reliar un *pucho* de cigarro negro que escapaba de entre sus gruesos y encallecidos dedos de trabajador, que la emoción hacía temblar.

Manduca Matos, viejo gaucho que frisaba en los setenta y había tomado parte en todas las guerras y revoluciones del pasado, sentía hervir su sangre de patriota, y el deseo de prestar una vez más su abnegado concurso a la causa de la libertad, luchaba contra el propósito de alejarse de toda contienda política; propósito impuesto por las muchas decepciones que le hicieron juzgar iguales a todos los hombres y todas las causas.

Don Lucas, su capataz, era como su sombra; no tenía más voluntad que la suya y le seguía a todas partes, siempre alegre y decidor, y siempre pronto a entusiasmarse al mentar una campaña, enardeciéndose con el recuerdo de la vieja vida de campamento.

El joven, al notar el creciente entusiasmo del caudillo, continuó con voz vibrante, y en un hermoso arranque romántico:

—No era posible soportar por más tiempo tanto vejamen y tanta infamia. La tierra, regada con sangre por nuestros bravos abuelos en su lucha encarnizada contra la tiranía, está cansada de sentirse oprimida por los déspotas!... ¡No podemos, los buenos orientales, soportar esto, amigo coronel, no podemos! Es tanta la infamia, la de-

gradación, la podredumbre oficial, ¡que hasta nuestra bandera, nuestra querida bandera, ha sido pisoteada impunemente por el extranjero! ¡No! —concluyó el jóven con un gesto amplio y soberbio de patriótica indignación.—¡No! por Artigas, por Lavalleja, por todos nuestros bravos caudillos, muertos en servicio de la patria, debemos jurar, ¡lo juramos! ¡morir o ser libres!...

Calló el joven, el coronel bajó la cabeza pensativo, y el capataz, revolviéndose en la silla,

—La verdá que nos estamos lambiendo por dir a las cuchillas,—dijo;—pero, amigo, hay que tener en cuenta que laso sobao no lastima, pero asigura!...

—Más aseguran, y avergüenza más,—replicó el mensajero,—los maneadores con que se ata codo con codo al infeliz paisano para ser llevado como mercancía, como bulto, como fardo de lana, a sumergirlo en los cuarteles.

—¡Clavao, compañero! Y lo pior es que el gauchaje, de puro castigao, ya ni rumbea, y los comesarios lo arrean por delante lo mesmo que a ovejas.

—¡Y sin embargo lo soportan!—dijo con voz enérgica el joven enviado.

El coronel alzó la cabeza y exclamó con acento triste:

—Lo soportamos porque no hay otro remedio. ¿Quiere que dejemos tiradas nuestras haciendas, nuestras casas y nuestras familias, para dir a hacernos matar al ñudo?...

Al oir estas palabras, el mozo se irguió más

apenado que colérico, y dejando caer las palabras una a una como gotas de plomo,

—¡Al ñudo!... ¿Ha dicho usted al ñudo, señor coronel?...

—Sí, amigo, al ñudo,—contestó el paisano con convicción.

—¿Y a qué llama usted *al ñudo,* coronel?

—Yo llamo al ñudo, cuando sé que esos hombres ban a dir como las reses al matadero; cuando sé que bamo a perder tuito lo que hemo ganao con mucho sudor,—si no perdemo el cuero;—cuando sé que los ban a redotar a la fija y que los ban a dejar hundidos pa tuita la siega, como dicen.

El coronel había dicho esto con calma, sin asomo de enojo, y, bien al contrario, dejando traslucir la tristeza que le causaba la seguridad de la impotencia.

El mozo, que lo había escuchado atentamente,

—Está bien,—dijo;—sus palabras, coronel, me entristecen mucho; pero debo respetarlas. ¡Paciencia si se deshoja una ilusión más, paciencia! Pero usted, coronel; usted que tantos méritos adquiridos tiene; usted que tantas veces ha combatido por la patria, usted me va a permitir que le diga que a ese paso y con esas ideas, no vamos a ningún lado, no llegaremos a ningún puerto! ¡Cómo!... ¿dice usted que es *al ñudo* sacrificarse?... ¿Y esos compatriotas que viven en los bosques para escapar del martirio; y esos mártires que gimen en los cuarteles; y este país que sufre la más horrible de las afrentas, no son nada, no valen nada, no merecen que los hombres de cora-

zón mueran por libertarlos? Y si usted, coronel Matos, si los hombres como usted hablan de ese modo y aconsejan la resignación vergonzosa, ¿qué hará la juventud crecida en la sombra de una tiranía?... ¿Habrá que aceptar la desgracia sin luchar, sin resistir, llorando como mujeres, cuando tenemos brazos de hombres y sangre de bravos?... ¡Coronel Matos, coronel Matos, cuando la patria agoniza bajo la bota de un déspota, sus buenos hijos deben ir al combate sin medir dificultades, sin contar escollos, sin presentir desastres, y han de alzarse agigantados por el triunfo, o han de caer envueltos en la bandera inmaculada de nuestros amores inmortales!...

Los dos gauchos sintieron una impresión de frío pasar por el cuerpo. El capataz, trémulo de entusiasmo, queriendo hablar y sintiendo que la voz se le estrangulaba en la garganta, sólo pudo decir, condensando sus pensamientos, esta palabra:

—¡Pucha!...

El caudillo, con los ojos brillantes, llenos de lágrimas, iluminado el semblante varonil por la fiebre del entusiasmo, revolvió con sus gruesos dedos la espesa y enmarañada barba cana. Todo el pasado se agolpó confuso en su cerebro. Vió de nuevo las hordas gauchas, desordenadas y fieras, surgir sobre las cuchillas esgrimiendo chuzas y profiriendo amenazas. Las vió desnudas, fatigadas, hambrientas, descargar sus iracundias sobre el enemigo y vencer al número, a la disciplina, al armamento, a la pericia, con sólo el empuje de su valor

y la fiereza de su patriotismo sublime. Saltó de la silla, como si le hubieran pasado una corriente eléctrica, apoyó sobre la mesa la ancha mano velluda, y dirigiéndose a su capataz, no ya como patrón, sino con la voz clara e imperiosa del jefe que da una orden.

—¡Capitán Lucas Rodríguez,—dijo,—empiese a adelgasar mi *picaso*, y preparesé y avise a los muchachos, porque vamo a dirnos a la última patriada!...

El capitán Lucas, tembloroso, radiante, salió precipitadamente agitando el sombrero en la diestra, y antes de llegar a la cocina, no pudiendo contenerse, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Muchachos!... ¡hay regolución!... ¡Viva la regolución!...

En el interior del rancho el caudillo había quedado inmóvil, de pie, llenando la pieza con su corpachón alto y robusto como tronco de guayabo. El joven, silencioso y emocionado, se había levantado también. La mujer y la hija del coronel entraron precipitadamente a ver lo que ocurría.

—¡Nada, mujer!—exclamó el caudillo con voz ya serenada.

En seguida fué a un rincón de la pieza, cogió su vieja lanza, aquella lanza gloriosa, sahumada con el humo de tantas batallas y enrojecida con la sangre de tantos enemigos, y haciéndola cimbrar como para demostrar que aún tenía fuerzas bas-

tantes para esgrimirla en el combate, agregó, cual si concluyera la frase:

—Estaba escrito que no había de dejar la osamenta en mi rancho.

¡Sea!...

EL CEIBAL

EL CEIBAL

I

El verano encendía el campo con sus reverberaciones de fuego; brillaban las lomas con su tapiz de doradas flechillas, y en el verde luciente de los bajíos, cien flores diversas, de cien gramíneas distintas, bordaban un manto multicolor y aromatizaban el aire que ascendía hacia el toldo ardiente de irisadas nubes.

En un recodo de un pequeño arroyo, sobre un cerrillo de poca altura, se ven unos ranchos de adobe y techo de paja brava, con muchos árboles que lo circundan, dándoles sombra y encantador aspecto. El patio vasto, de tierra, muy limpio, no tiene más adornos que un gran ombú en el medio, unos tiestos con margaritas y romeros en las lindes, y un alambrado, muy prolijo, que lo cerca, dejando tres aberturas sin puertas, de donde parten tres senderos: uno que va al corral de las ovejas, otro que conduce al campo de pastoreo, y el tercero, más ancho y muy trillado, que lleva, en línea recta, hacia la vera del arroyo, distante un centenar de metros. El arroyo es todo un portento· No es hondo, ni ruge; porque en muchas le-

guas en contorno no hay elevación más grande que la protuberancia donde asientan los ranchos que mencionamos. La linfa se acuesta y corre sin rumor, fresca como los camalotes que bordan sus riberas, y pura como el océano azul del firmamento. No hay en las márgenes enhiestas palmas representando el orgullo forestal, ni secos coronillas simbolizando la fuerza, ni ramosos guayabos y virarós corpulentos, ostentación de opulencia. En cambio, en muchos trechos, vense hundir sobre el haz del agua, con melancólica pereza, las largas, finas y flexibles ramas de los sauces, o extenderse como culebras que se bañan, los pardos sarandíes. Tras esta primera línea, vienen los saúcos, blanqueando con sus racimos de menudas flores; los ñangapirés con su pequeño fruto exquisito; el arazá, el guayacán, la sombría aruera, los gallardos ceibos cubiertos de grandes flores rojas, y aquí y allá, por todas partes, enroscándose a todos los troncos, trepando por todas las ramas, multitud de enredaderas que, una vez en la altura, dejan voluptuosamente pender sus ramas, como desnudos brazos de bacante que duerme en una hamaca. Los árboles no se oprimen, y a pesar de sus fecundas frondescencias, caen a sus plantas, en franjas de luz, ardientes rayos solares que besan la abundante yerba y arrancan reflejos diamantinos al montón de hojas secas. Hay allí sitio para todos: entre el césped corren alegres las lagartijas persiguiendo escarabajos; en el boscaje, miriadas de pájaros suspiran sus amores a la puerta del nido, sin temer para ellos el tiro cuyo re-

tumbo nunca oyeron, ni para sus huevos o su prole, la curiosidad traviesa de chicuelos que sólo aportan por aquellos parajes para coger una indigestión de pitangas. Las mariposas de sutiles alas irisadas vuelan por todos los sitios, y zumban los insectos rozando hojas y libando flores; y allá en la cinta de agua, que parece un esmalte de nácar sobre el verde del monte, duermen las tararira flotando de plano, saltan las mojarras de reluciente escama, cruzan serpenteando veloces pequeñas culebrillas rojas que semejan movibles trozos de coral, y de cuando en cuando, con rápido vuelo sigiloso, un martín-pescador proyecta su sombra, rompe el cristal con su largo pico, y se alza en seguida conduciendo una presa. Durante las siestas, cuando se incendian las lomas con los chorros de fuego del sol de estío, van los mansos rocines a dormitar a la fresca sombra de los árboles; y para que nada falte, y haya siempre manifestaciones de vida en aquel maravilloso paraje, de noche, cuando la luz se apaga y los pájaros enmudecen, encienden las luciérnagas sus diminutos fanales y entonan las ranas sus monótonas canturrias.

La senda ancha y trillada que en línea recta conduce a la vera del arroyo, se bifurca allí. De las dos que resultan, la más angosta se interna en la arboleda, y la otra costea el monte, hacia arriba, y muere en remedo de playa: todas las mañanas y todas las tardes, un muchachuelo. cabalgando en un "petizo bichoco", lleva a la cincha, por ese sendero, la rastra con el barril para el agua del consumo diario. La otra intérnase en el mon-

te, y tras muchos giros caprichosos, llega también al borde del arroyo, donde hay un claro pequeño que accidentalmente es pesquero de mojarras, y más de continuo, lavadero de la gente de los ranchos.

Una mañana de diciembre, inmensamente cálida, una joven, en cuclillas junto al agua, refregaba con tesón unas piezas de ropa. La falda de percal, levantada y sujeta entre ambas rodillas, dejaba al descubierto unas pantorrillas rollizas desde el tobillo; y las mangas alzadas de la bata, ponían de manifiesto dos brazos torneados y cubiertos de piel morena y brillante. De tiempo en tiempo la joven cesaba de refregar, sacudía sus manos regordetas para escurrir el agua, y se las pasaba por la frente a fin de quitar el sudor o volver a su sitio alguna greña rebelde de su bravía cabellera. Un par de horas transcurrieron, y ya enjuagada la ropa, la niña se puso de pie, hizo un lío con todas las piezas lavadas y se escurrió con rapidez por el sendero hasta llegar a un playo, un "potrerito" alfombrado de grama y bañado de sol. Extendió en el suelo las diversas ropas, cantando bajito unas coplas maliciosas.

Después quedóse un momento indecisa; y luego, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la cabeza inclinada sobre el pecho, en actitud meditabunda, se fué hacia el fondo del potrerito, andando despacio, y pegando con la punta del pie,—un pie pequeño y gordo encerrado en alpargatas floreadas,—a las ramas secas que encontraba a su paso. Cuando llegó a la arboleda, arrancó una

gran flor de ceibo, que puso entre sus labios tan rojos como la flor, y recostándose en el tronco del árbol, detúvose a mirar hacia el boscaje con la insistencia de quien espera a alguien. A poco oyóse un crujir de ramas, y un hombre apareció en el playo.

Era el que llegaba, un mocetón fornido, de tez morena, de rostro simpático y hasta bello, a pesar de la nariz larga y corva, de la boca grande y carnosa y de la escasa barba negra que crecía sin cultivo. Vestía bombacha de dril blanco, muy almidonada, y calzaba alpargatas floreadas; no llevaba saco, ni blusa, ni chaleco: sólo una camisa de color, recién puesta y tan almidonada como la bombacha. Iba con el sombrero en la mano, sujeto del barboquejo, a manera de canasta, pues lo había llenado de hermosos frutos de ñangapiré. En la mano izquierda tenía un gran ramo de margaritas blancas.

Ya cerca de la joven, tendió torpemente el brazo, y mirándola con ternura,

—Tomá,—le dijo; y le entregó el ramo.

Ella lo cogió sonriendo, y oliándolo con fruición,

—¡Qué ricas!—exclamó;—gracias.

Y después, mirando el sombrero,

—¿Qué trais ahí?—preguntó; y sin darle tiempo para contestar, metió la mano traviesa.

—¡Pitangas!—dijo alborozada, y tomó un puñado que llevó a la boca.

Mascando las frutas menudas, y riendo,

—¡Qué lindas son!—decía;—¿dónde las ajuntastes?...

El mocetón, con el labio péndulo y la mirada embobada de los enamorados tímidos, la contemplaba embelesado, sin atinar a pronunciar palabra. Tenía la cabeza inclinada sobre el lado derecho, y las hebras del negro cabello lacio, mojado en el baño reciente, caían formando banda sobre el ojo derecho, que casi se ocultaba.

—¿No me das esa flor?—dijo de pronto, refiriéndose a la de ceibo que la niña había dejado en el suelo; e hizo ademán de cogerla.

—¡Esa no!—contestó con viveza,—¡es muy ordinaria!... Tomá ésta...—y le ofreció un clavel blanco que llevaba en el pelo. Él la tomó con ternura y la puso en la boca, suspirando y abrasándola con la mirada.

—¿De verdá, Clota, me querés?—murmuró.

Ella lo miró un momento, seria, pensativa, dando a su linda cara morena un aspecto severo, y al ver el aire triste del mozo, el dolor que se pintaba en su semblante, lanzó una carcajada fresca y sonora, que llenó el bosquecillo de ceibos, y le tiró al rostro los pétalos de la flor que había recogido y deshojado.

—¡Qué cara de ternero enfermo tenés!—le dijo; y siguió riendo, mientras el gauchito, devorándola con los ojos y pasado el susto, reía también rebosando de alegría.

II

Clotilde,—Clota por diminutivo,—era la menor de las tres hijas de Jacinto Ramos, el puestero del Ceibal en la estancia de Martínez; y Patricio Suárez, el mozo que encontramos en el bosquecillo de ceibos, era un gauchito trabajador y sin vicios, que, iba ya para un año, no podía pasarse una semana sin visitar al puestero y contemplar a la chica, que le tenía alelado. Clota contaba diez y ocho años y era todo un temperamento criollo, con algunas gotas de sangre negra que le bronceaban la piel y le encendían pasiones tan ardientes como el sol de mediodía en aquellas lomas desiertas. Su cuerpo pequeño, con amplias caderas, su abultado seno y no muy estrecha cintura, tenían la gracia nativa y la agreste esbeltez de las flores del campo. No era linda; su nariz, corta y gruesa, con ventanillas muy abiertas; la boca grande y pulposa, el mentón prominente y la frente estrecha y baja, acusaban su origen; pero aquellos inmensos ojos negros de mirada picaresca, aquellos dientes menudos por sobre los cuales saltaba continuamente la risa como las aguas del arroyo sobre la pequeña cascada de piedrecillas blancas, y aquella cabellera de negras mechas rebeldes, lucientes, rígidas y abundantes,—verdadera crin de potro indómito,—hacíanla atrayente y deseable; tanto más deseable, cuanto que era uno de esos caracteres altivos, voluntariosos, que obran por impulsos pasionales y son inaccesibles a la convicción y al ruego. Ella no tuvo nunca ni las muñecas de trapo

ni los negritos de loza con que jugaban sus hermanas. Sus gustos eran correr por el campo apedreando cachilas, descuartizando lagartijas y mostrando el puño a los teruteros, a quienes odiaba porque se burlaban de ella volando y gritando sobre su cabeza. ¡Si hubiera podido agarrar uno!... En cambio se vengaba rompiéndoles los huevos o matándoles los pichones. Después de ausencias de varias horas, tornaba a los ranchos con la cabellera revuelta adornada con margaritas; y el vestido con más abrojos y rosetas que crin de yegua madrina en tropilla de baguales. Los días de lluvia eran sus días de holgorio, y sólo recurriendo al medio extremo de atarla de una pierna a una pata de la cama lograban tenerla bajo techo; mientras esto no sucedía, pasábase ella chapaleando barro, buscando charcos para removerlos con sus piececitos descalzos, y sapitos para destriparlos con sus manos traviesas. A medida que iba creciendo, acentuábanse sus instintos varoniles. Gustábale más cavar en la huerta, al rayo del sol, que tomar una aguja para recomponer la falda desgarrada en sus excursiones al monte y én su continuo trepar por los árboles. Montaba a caballo en pelo, sin reparar si la bestia era mansa o arisca; corría por los bañados, por las cuchillas, cuestas arriba y cuestas abajo, sin cuidarse de las rodadas que en más de una ocasión la dejaron por tierra magullada y dolorida, y a tal punto llegó su amor a la vida libre del hombre, que, ya crecida, propios y extraños la apellidaban *la machona.* Jamás se la veía jugar con sus hermanas, a quienes no bus-

caba sino para hacerles alguna diablura y reir luego, a pesar de los moquetes y lazazos que le propinaban ellas y sus padres. Más dada era con sus dos hermanos, y, sobre todo, con Luciano Romero, un muchacho sin familia que había crecido en la casa y era el más ladino narrador de cuentos alegres, no hablando nunca sino en refranes, riendo siempre y siendo, cual ella, cruel en sus bromas y feroz en sus enojos. Este muchacho fué su camarada inseparable hasta hacía tres o cuatro años, época en que, a causa de una soba que le diera Jacinto, alzó el vuelo y no volvió a vérsele.

Un año antes de la fecha en que comienza este relato, hubo en casa de Jacinto Ramos grandes fiestas para solemnizar el buen resultado de la trilla, que, siendo la primera, auguraba al puestero proficuas ganancias para el futuro.

Se carneó una vaquillona con cuero; se mataron varios capones y no pocas gallinas; se llevaron tres damajuanas de vino; se invitó a las familias de las inmediaciones, y, después del gran almuerzo a la sombra de los ceibos, se bailó al compás de acordeones y guitarras, hasta la hora de cenar. Después de cenar, la fiesta continuó en el amplio patio, y el clarear del nuevo día oyó aún el chirrido de los acordeones y el son desafinado de las guitarras sin primas.

Entre los invitados estaba Patricio Suárez, el hijo de un puestero de la estancia vecina. Desde el principio bailó con Clota, sin que nadie se la disputara, porque los paisanitos la conocían ya, y quien más, quién menos, había recibido de la

linda morocha, en contestación a sus requiebros, cuatro frescas que los dejó desconcertados y ariscos. Ella, que al fin era coqueta, se dejó llevar por aquel mocetón arrogante y fornido y tan tímido que apenas le hablaba, que apenas le tocaba la cintura con su mano grande y callosa, y que sólo a ratos y de una manera furtiva le dirigía una mirada.

Al siguiente día Clota se encontró pensativa. ¿Por qué Patricio no le había hablado de amores, no obstante mostrarse tan solícito y haber bailado con ella toda la noche?... Recordaba que varias veces, excitada por el baile, por la alegría de la fiesta, por los acordes de la música, e incomodada con el mutismo de su compañero, le había oprimido la mano, o le había rozado la cara con sus cabellos negros, o lo había mirado en los ojos con sus ojos de gata, y el mozo habíase puesto rojo como una flor de ceibo, y había inclinado la frente, mirando al suelo... ¿Sabía lo que contaban de ella, conocía sus brusquedades y sus caprichos y le tenía miedo?... Patricio era bueno, tenía fama de muy bueno, y, además, no era feo, aunque un poco desgarbado. A ella le gustaba... ¿Por qué no habría de tener novio y no habría de casarse?... Ya no era una chiquilla y hacíase necesario pensar en otra cosa que en apedrear pájaros y destripar lagartijas. ¡Quién la viera a ella dueña de casa, en un ranchito muy lindo con un patio bien lleno, bien lleno de tarros con margaritas y claveles!... Su madre y sus hermanas siempre le decían que iba a quedarse para vestir santos,

porque ningún mozo se atrevería a cargar con una loquela... ¡Bah! ¡qué sabían ellas!...

Así, cavilosa, abstraída e inquieta, fué andando maquinalmente hacia su sitio favorito, el bosquecillo de ceibos.

Era temprano: la mayor parte de la gente dormía. El cielo estaba algo nubloso y la mañana fresca y agradable. Cuando Clota llegó al ceibal, llevaba las alpargatas completamente mojadas con el rocío. Poco a poco se fué internando en el monte, arrancando ramas y deshojando flores con ademán distraído, hasta que, ya cerca del cauce del arroyo, le llamó la atención una gran planta de burucuyá que subía enroscada al tronco de un saúco, y de cuyas ramas flexibles pendían las grandes frutas anaranjadas. Quiso alcanzar una, pero estaban muy altas y púsose a hacer grandes esfuerzos por doblar la rama del saúco. Ya estaba impaciente y tenía rojo el rostro y se había olvidado de Patricio, cuando éste apareció cerca de ella. Volvióse sorprendida, y mirando al paisanito:

—¿Usted tampoco se acostó?—le dijo.

Él, bajando la vista y adelantando lentamente,

—No,—contestó;—no tenía sueño.

—Sin embargo, después de bailar toda la noche...

—No tenía sueño.

Y alzó la mirada, fijándola cariñosa e interrogativa en la joven, la cual bajando la suya, exclamó para cambiar el giro de la conversación:

—Me hace rabiar ese biricuyá: no puedo agarrarlo.

El mozo, sin decir una palabra, trató de alcanzar la fruta; pero como no lo consiguiera, comenzó a trepar por el árbol.

—¡Se va a cair!—le gritó Clota.

Sin hacer caso de la advertencia, trepó y logró coger el mejor fruto, balanceándose sobre la rama débil; y cuando quiso descender, ésta se rompió, dando con el joven en tierra.

—¡No le dije, no le dije!—gritaba Clota riendo alegremente, mientras Patricio, muy colorado, se levantaba y le ofrecía la baya apetitosa.

Permanecieron un rato en silencio, y después, haciendo un esfuerzo, Patricio se atrevió a murmurar:

—Clota... ¿sabe?... yo...

Viendo que no continuaba,

—¿Qué?—preguntó ella.

El mozo, alzando la vista y mirándola con angustia, preguntó:

—¿Usted no tiene novio?...

Ella bajó la vista. Agitóse violentamente su exuberante seno, y contestó con voz dulce y emocionada:

—¡No!... y usted... ¿tiene novia?...

—Yo tampoco...

Luego, mirando al suelo y poniéndose encendido,

—Si usted quisiera...—balbuceó con voz muy tenue.

Clota clavó en él su ardiente mirada de criolla;

sus labios, rojos como la sangre que brota del cuello del toro recién degollado, temblaron un instante, y luego, sin decir nada, se quitó nerviosamente la margarita que llevaba en el pecho, se la dió, y mientras el mozo embelesado la miraba sin articular una palabra, anudada la garganta por la emoción, dió media vuelta y echó a correr hacia las casas, dejándolo plantado, absorto, perplejo, dudando si aquello era una dulce realidad o una cruel travesura de la coqueta chicuela.

Estos amores, tan originalmente comenzados, continuaron del mismo modo. Patricio visitó con frecuencia el rancho del puestero y nunca le faltó un pretexto para ir al playo del bañadero, a fin de correrse desde allí por el monte hasta el bosquecillo de ceibos, donde estaba seguro de encontrar a Clota. Allí pasaban las horas hablando poco, cuando no hablaban de cosas indiferentes, y a medida que el tiempo transcurría se acrecentaba la pasión del mozo; ella, en cambio, sentía el espolonazo de un deseo indefinido, y muchas veces llegó a preguntarse si realmente quería a aquel gauchito tímido que no sabía hacer vibrar ninguna cuerda de su ardiente temperamento. Parecíale que aquello no era bastante, que aquello no era amor, y si lo era, no valía gran cosa el amor, y sobre todo, no era alegre. Las conversaciones serias la fastidiaban, y por más empeño que ponía de su parte, concluyó por serle imposible permanecer un par de horas al lado de aquel hombre que conversaba poco, suspiraba mucho y no reía nunca. Sin embargo, llegó a pensar que las cosas serían así y

que era forzoso conformarse; por lo cual permitió que Patricio la pidiera en matrimonio y visitase oficialmente en la casa. Cesaron las entrevistas en el bosquecillo de ceibos, que ya no tenía encantos para ella, y recibía a su futuro en las casas, donde se hallaba de todo, menos de amor. Sólo accidentalmente se encontraban en la arboleda, y ocurría a veces que ella, tornando a sus años bulliciosos, excitada por el perfume agreste de los árboles, mostrábase provocativa, voluptuosa, haciendo asomar a sus ojos negros y a sus mejillas morenas y a sus labios rojos, la fiebre devoradora que la ardiente juventud encendía en sus venas; un vapor calino oscurecía su alma, y al mandato imperioso del deseo, temblaban sus carnes mórbidas, y palabras entrecortadas pasaban silbando por sus labios secos; palabras ásperas unas veces, tiernas otras, pero siempre extrañas, incomprensibles para el mozo, como son incomprensibles para el oído torpe las notas incoherentes de una partitura genial· En ocasiones el instinto del macho lo impulsaba a besar aquella boca abrasadora, y cruzaban por su espíritu fugitivas tentaciones de arrojarse sobre la joven con ímpetus de toro y celebrar furiosa fiesta nupcial en lo sombrío del potril. Vió Clota más de una vez la llama que encendía momentáneamente el rostro de Patricio, y se agitó contenta y temerosa al mismo tiempo. Pero esa llama se apagaba en seguida: el gauchito adoraba a su prenda y temía equivocarse, temía perderla para siempre. Era preferible

esperar el día, ya cercano, en que había de ser su esposa.

III

Llegó de nuevo la estación de la siega, y de nuevo se prepararon grandes fiestas para después de la trilla.

En los ranchos nada había cambiado. El año transcurrido sólo había ennegrecido un poco más la paja del techo y había dado unas ramas más al corpulento ombú que adornaba el patio.

La fiesta fué igual y tan alegre como la del año anterior, y si algunos de los invitados de entonces faltaban, en cambio había llegado ese día un forastero que alegró a toda la reunión. Era Luciano Romero, quien tras varios años de ausencia, volvía al pago, alegre y decidor como antes, pero hecho un hombre, un mozo gallardo, cuyo cuerpo airoso se movía con donaire. Clota fué quizá quien más se alegró de verlo, pues nunca había olvidado del todo a su compañero de travesuras. Mirándolo mucho, como para cerciorarse de que aquel apuesto mancebo era el mismo muchacho harapiento que jugaba con ella en otro tiempo, le preguntó con interés:

—¿Por dónde has andao, cachafás?...

—Por todos laos, como bola sin manija... Vos sabés que yo soy como la taba del chancho, que no se clava...

—¡Andá, bobo!—exclamó ella riendo de buena gana;—¡siempre sos el mismo!

—¡Dejuro! el zorro cambia de pelo, no de mañas... Y vos, ¿sabés que estás grandota, china?... ¡y lindaza! ¡Bien haya la madre que te echó al mundo!...

Clota se hacía la enojada; pero en realidad nunca estuvo tan contenta, y buscaba a Luciano con insistencia para oirle contar historias y hacer mordaces críticas de los asistentes, en su pintoresco lenguaje.

—Ché,—decía el mozo,—¿quién es aquella ñandusa que está al lao de doña Benita?—Y sin darle tiempo para contestar, agregaba:

—¡Linda pa hacerle casorio con el ñato Domingo!

—¡Salí con ese bicho!

—¿Y d'iai?... ¡Pal qui'anda con el freno en la mano no hay caballo flaco!

Patricio, que había estado asando un costillar, se acercó muy triste; y Luciano, que era antiguo camarada suyo, lo miró, se rió, y volviéndose a Clota:

—¿No te parece,—dijo,—que éste también sirve pa casarlo con la ñandusa?... ¡Sería una buena yunta!...

Patricio, muy serio y muy triste por ver reir a Clota, no dijo nada; y el otro, afectuosamente,

—¡Pero sentate, hermano!—exclamó;—no te vas a refriar, porque te asiguro que aquí hace más calor que al lao del fogón.

Y miró picarescamente a Clota, quien poniéndose colorada,

—¡Zafao!—dijo, y tornóse seria.

—Voy a ver los asaos,—contestó con pena el mozo, y se alejó sin que su novia hiciera nada por detenerlo.

Cuando llegó la hora de almorzar, todos formaron rueda, teniendo los asadores por centro. Se sirvió cada uno su parte, y mientras Luciano, supremo egoísta, comía callado, Clota hacía esfuerzos por cortar con un mal cuchillo un peor trozo de carne. En eso acercóse Patricio llevando en la mano un pedazo de *picana,* gordo y primorosamente asado.

—Tomá,—dijo, ofreciéndoselo a la joven;—lo hice pa vos.

Y en seguida, sacando su cuchillo de mango de plata, muy afilado, se lo alcanzó para que pudiera comer a gusto.

Ella lo miró con manifiesta ternura, y al verlo tan triste,

—¿Qué tenés?—le dijo;—¿estás enojao?

—No.

—Sentate aquí, a mi lao.

—Tenés compaña ya...

—Sentate, ¡no seas bobo!—exclamó Clota; y cogiéndole de la bombacha, lo tiró con fuerza.

El almuerzo fué alegre. Patricio olvidó su resentimiento y volvió a considerarse feliz al lado de su amada.

A la noche, una hermosa noche clara, alumbrada por espléndida luna, se dió comienzo al baile en el patio de la casa. Luciano tomó la guitarra y comenzó a tocar unas polcas que eran un continuo reir de las cuerdas, y unas danzas rebosantes de

malicia. De cuando en cuando el guitarrero cambiaba el compás, y mientras las parejas deteníanse confusas, él poblaba el aire con los arpegios dolientes de un estilo y entonaba con la voz fresca y dulce del trovador gaucho, alguna décima amorosa que casi siempre concluía con una chuscada.

Clota bailaba con su novio, el cual, siempre serio, muy tieso, muy grave, la miraba sin hablarla. La guitarra preludió una habanera y empezaron a balancearse las parejas en movimiento suave y pausado al son de aquellas notas dormidas, tiernas como un arrullo y a veces apagadas por el zapateo de los bailarines. De pronto, un rasgueo rápido rompió el compás, y sin transición vibraron las bordonas y cantó la prima un cielo de pericón. Dió principio el baile nacional, pero eran pocos los que lo sabían y confundíanse a cada momento en las figuras. Entonces Luciano pasó la guitarra a otro mozo, se levantó de su asiento y, dirigiéndose a Patricio,

—Hermano,—le dijo,—emprestame tu compañera: les voy a enseñar cómo se baila el baile de mi tierra.

Púsose él a dirigir con frases llenas de malicia, que arrancaban generales carcajadas, y daba el ejemplo de donaire en sus vueltas graciosas, acompañado por Clota. De ellos podía decirse con Roxlo:

"La pareja se cimbra
dulce y bizarra,
al compás armonioso
de la guitarra..."

Clota estaba entusiasmada. La embargaba inmenso placer al sentirse fuertemente oprimida por el mozo que, de cuando en cuando y con aire de descuido, le rozaba las piernas con las suyas o le quemaba el rostro con su aliento.

Concluído el pericón, Luciano entregó su compañera al amigo y volvió a tomar la guitarra. Patricio siguió toda la noche al lado de su moza; pero estaba triste y contrariado: los celos que le mortificaron por la mañana, siguieron su curso, aumentando el caudal. Inútil era que luchara: la ponzoña lo roía, estaba en la sangre, corría por todos los órganos, y no había medio de arrancarla.

Al día siguiente, como en el año anterior, se fué al arroyo, en vez de acostarse: se bañó, y, como entonces, llegóse hasta el bosquecillo de ceibos, esperando encontrar a Clota. Pero la linda morocha dormía esta vez soñando con florescencias primaverales.

Esa tarde Patricio ensilló y se despidió de la familia. Estaba tranquilo y nada revelaba en él la herida que escondía en el alma. Clota lo encontró como siempre, serio, pero no agresivo, ostentando el aire taciturno que le era habitual.

Montó con destreza, y se alejó a trote pausado, sin volver la cabeza una sola vez; y cuando llegó a un bajío bastante hondo para ocultarlo a las miradas de las gentes del rancho, bajó del caballo, y con las riendas en la mano, púsose en cuclillas y

armó un cigarrillo, permaneciendo largo rato abismado en dolorosas meditaciones. Ya anochecía cuando tornó a cabalgar sin prisa, con rumbo a sus pagos.

Transcurrieron tres semanas sin que Patricio apareciera por la casa de su novia, y un domingo llegóse con el corazón oprimido y el aspecto más sombrío que de costumbre. Todos le mostraron afecto, Clota más que nadie, y le riñeron cariñosamente porque, habiendo estado enfermo, no les hubiera avisado; pues a pesar de sus protestas, nadie dudaba de que había estado enfermo. El rostro pálido y demacrado lo denunciaba y, más que nada, su prolongada ausencia, que ellos no se explicaban por la razón de múltiples tareas que alegaba el mozo. Clota no pensó ni un solo instante en que pudieran ser los celos la causa de la demora en visitarla; y, muy contenta de volverlo a ver, reía y bromeaba en tanto acarreaba ella misma el mate amargo para su novio, en una "galleta" negra, bien curada, que él le había regalado, y que sólo cuando él iba salía del baúl de la dueña. A tanto llegó la afectuosidad de Clota, que Patricio no se atrevió a formular una queja, ni a aventurar una pregunta. Sus dudas empezaron a disiparse, y en su alma, entenebrecida por los celos, volvió a irradiar el sol del contento.

Cuando al día siguiente partió para su casa, llevaba en el corazón toda la luz que el sol de las siestas derrama sobre las lomas. Ya no abrigaba dudas; de sus averiguaciones resultó que había sido un insensato. Luciano Romero había estado

dos o tres veces en el puesto del Ceibal, pero simplemente de paso, sin pernoctar allí, y nadie vió que requebrara a Clota, ni que ésta le mostrara otra afición que el gusto de escuchar sus historietas, siempre divertidas con su fondo picaresco y coloreado. Por otra parte, él sabía a qué atenerse, y no se le ocultaba el desagrado con que le miraba don Jacinto, para quien aquel mozo peripuesto y decidor era siempre el muchacho haragán, barullento y pendenciero que hubo de arrojar de su casa a golpes de lazo. No olvidaba Luciano este incidente, y si no había buscado la venganza era por temor y no por falta de deseos. No sería de extrañar que ambicionara a Clota, como la ambicionaban muchos, sin atreverse a probar fortuna, por las razones expuestas, y porque él tenía en ese tiempo otras preocupaciones más intensas. La pasión del juego lo absorbía por completo y la buena suerte acrecentaba su fiebre.

Pasaron varios meses sin el menor incidente en los amoríos de Patricio y Clota. Aquél iba, como antes, todos los domingos a casa de su novia y se preocupaba seriamente con la próxima boda. Su patrón le había dado un puesto y él mismo había trabajado con ahinco en la construcción de su vivienda, arrancando terrón, cortando paja y labrando horcones y cumbreras.

Clota, si no sentía gran entusiasmo con la seguridad del matrimonio próximo, tampoco le contrariaba y esperaba tranquila, dejando correr el tiempo indiferente.

Llegó el invierno. Un domingo muy temprano,

salió Patricio de su casa con rumbo a la de su novia. Había llovido mucho y aquellos terrenos bajos estaban blandos y llenos de agua. Cerca ya de los ranchos del puestero, el caballo de Patricio rodó y él fué a caer a gran distancia. Tuvo la suerte de no hacerse daño, pero se levantó espantosamente enlodado, y no queriendo presentarse de ese modo ante su novia, costeó el arroyuelo, y penetrando por el playo del bañadero, se lavó cuidadosamente las manos y la cara.

Iba a retirarse en momentos que oyó risas y voces que partían del bosquecillo de ceibos; una de aquellas voces era de Clota. ¿Qué hacía? ¿con quién reía?... Golpeóle el corazón con fuerza, y tras unos instantes de indecisión, se internó en la maleza, agachado, sigiloso, apartando las ramas con cautela. De cuando en cuando se detenía para escuchar, ansioso, agitado, casi febril. Oía a veces la voz de Clota, apagada, tenue, sin que pudiera comprender las palabras; y por momentos, una voz de hombre que un presentimiento le hacía reconocer.

No se equivocaba: allí estaban Clota y Luciano. Él la había encontrado allí y empezó por hacerla reir con historias picantes, y, de atrevimiento en atrevimiento, había concluído por enardecerla y arrojarla sobre el colchón de grama, sin que ella, abrasada por el deseo, opusiera resistencia.

Con los ojos fuera de las órbitas, la mirada extraviada, la frente cubierta de sudor, Patricio apareció en el claro del bosquecillo oprimiendo en la diestra la daga desnuda.

En un segundo pasó por la mente del mozo un tropel de ideas extrañas. Vió a Clota, a aquella mujer que él amaba con delirio, tendida sobre la yerba con las ropas en desorden, y al contemplar aquellas desnudeces, la sangre se agolpó en su cabeza y la indignación pasó por su espíritu como las rachas del pampero en las cuchillas. Escaso de inteligencia, tímido e inexperto, sentía rebelarse su honestidad innata ante la traición y la bajeza de su novia, sin investigar las causas.

Al reconstruir el pasado y comprender que había sido un juguete, que se había explotado su bondad y su confianza, la ira le cegaba y la sangre ardiendo le gritaba: ¡mata! Y sin embargo permanecía quieto, tan arraigado al suelo como el ceibo en que apoyaba su mano izquierda rasgando la corteza con las uñas. Las ideas iban y venían dentro de su cerebro como el volante de una máquina de vapor cuyos puntos se sustituyen a la vista con tal celeridad que nos impide darnos cuenta de su forma. Se imaginó desaparecida, perdida en la gran nada de la muerte a aquella mujer a quien se había acostumbrado a mirar como cosa propia y perdurable; la vió como la había soñado tantas veces, cantando alegre en el lindo rancho, en medio de sus chicuelos; recordó los momentos de inefable dicha pasados a su lado, la misteriosa satisfacción que experimentaba hallándose junto a ella, aun cuando no la hablara una palabra, y su alma se ablandó, cedió su encono y, sin darse cuenta, retrocedió bruscamente.

El ruido que produjeron las ramas hizo volver

la cabeza a Luciano. Los dos hombres se miraron cara a cara: uno con mirada de asombro y de miedo, el otro con mirada de odio y de pena.

Luciano lo había visto; ¡ella también! El vértigo volvió a oscurecer su cerebro, y apartando las ramas con manotones furiosos, se lanzó al playo, iracundo y terrible.

Lo demás fué un relámpago.

Luciano retrocedió atónito y Clota intentó levantarse; pero él de un zarpazo feroz la cogió de la revuelta cabellera y respondió con una mirada de rencor infinito y de desprecio sin límites a la mirada angustiosa que ella le dirigió implorando misericordia; y dando un rugido sordo, que tenía más de bestial que de humano, hundió repetidas veces la daga en el pecho y en el vientre de la joven.

La infeliz cayó bañada en sangre y estuvo un corto rato agitándose en terribles convulsiones.

Cuando quedó exánime, tendida boca arriba sobre el colchón de grama y hojas secas, el gaucho contempló tranquilamente aquel hermoso rostro pálido, aquella boca entreabierta, aquellos grandes y anchos ojos negros. Después levantó la mirada y la fijó dura y amenazante en su rival, quien durante esta corta escena había permanecido quieto, enmudecido por el terror. Al ver la actitud de Patricio, no dudó Luciano que le había llegado su turno, que la venganza se cebaría en él con encarnizamiento, con saña, con la crueldad del felino enfurecido. El instinto de conservación moviólo a la defensa; y casi sin darse cuenta de lo que

hacía, echó mano a la pistola que llevaba en la cintura.

Patricio lo detuvo con un ademán brusco, diciéndole al propio tiempo con voz ronca y entonación altanera e imperativa:

—¡Guardá no más tus armas!... Con vos no tengo nada.

Pálido, temblando, sin lograr explicarse aquella inesperada magnanimidad, Luciano tartamudeó:

—¿Por qué a ella y no a mí!...

—¿A vos, por qué?—preguntó Patricio.

Después, en un segundo de suprema cólera, fulgurando los ojos, agregó con el inmenso desdén del varón fuerte que puede herir y no quiere, que puede matar y perdona:

—Desgraciao el cojudo que ve yeguas y no relincha!

Y luego, mientras su rival quedaba como petrificado junto a un ceibo, él arrojó la daga, dió media vuelta, y se alejó lentamente, tranquilamente, soberbio, altivo, doblando las ramas con su pecho robusto.

¡POR LA CAUSA!...

¡POR LA CAUSA!

I

Llegóse al gran galpón y desmontó sin atender a los perros que ladraron un momento y callaron en seguida al olfatearlo y reconocerlo como hombre de la casa. Con toda calma y con la prolijidad de quien no tiene prisa, quitó la sobrecincha, luego los cojinillos, que dobló por el medio, con la lana para adentro, y los puso con cuidado sobre el barril del agua. De seguida quitó la cincha, el "basto", las caronas y el sudadero, y agrupándolo todo con cuidado, formó un lío que fué a depositar en un rincón sobre unas pilas de cueros vacunos.

Con una daga de mango de plata labrada y larga hoja afilada, refregó los lomos sudorosos de su cabalgadura, levantando el pelo, para que refrescaran.

Todo esto fué hecho en el mayor silencio. Al ladrido de los perros, un hombre había asomado las narices por la puerta de la cocina, y una vez enterado de quién era el visitante, hizo más o menos lo que habían hecho los perros momentos antes.

El forastero no se inquietó ni poco ni mucho

con aquel recibimiento, al cual parecía estar acostumbrado, y tomando su caballo por el cabestro, lo llevó hasta un potrerito distante pocos metros de allí y que él sabía rico en pasturas y sobrado en acequias.

Cuando regresó jugando con el rebenque plateado,—sujeto a la muñeca por una cinta celeste, bastante descolorida,—el dueño de la casa lo esperaba en el galpón.

Se estrecharon la mano en silencio, serios, fríos, y ceremoniosos los dos.

—Vamos p'adentro,—había dicho secamente el dueño de casa; y ambos echaron a andar hacia las habitaciones.

La Estancia, aparte de los galpones y una serie de ranchos que constituían la cocina, la despensa, la "troja" y las piezas de los peones, era un largo edificio de sólidos muros de piedra y rojo techo de tejas.

Los dos hombres penetraron en una salita que hacía oficio de comedor, y en la cual tres largos escaños de pino blanco sin pintar suplían a las sillas. Todo demostraba gran prolijidad y aseo, incluso el piso de tierra de *cupy*, recientemente regado y barrido con escoba de carqueja.

Hallábanse allí la esposa del patrón, una hermana de ésta y la "piona", china ya entrada en años y bastante arruinada en el diario y penoso trajín de su oficio.

El forastero tendió la mano a cada una de las mujeres, repitiendo tres veces y con igual tono:

—¿Cómo está?... ¿cómo está?... ¿cómo está?...

Lo que fué contestado con otros tres:

—Bien, gracias, ¿y usted?... bien, gracias, ¿y usted?... bien, gracias, ¿y usted?...

Después de lo cual se sentaron: las mujeres en los escaños; el recién llegado en amplio y tosco sitial con asiento de cuero peludo,—la silla de la "patrona".

El estanciero ordenó a la sirvienta que cebara un mate dulce, y en seguida se sentó en un escaño, frente al forastero, cruzando la pierna "en número cuatro" y sosteniendo el pie con ambas manos.

—¿Qué vientos lo han traido por acá?—preguntó el patrón, dando a la frase una cierta entonación irónica, que el otro pareció no percibir, porque se contentó con exclamar con indiferencia:

—Caminando.

Llegó el mate dulce,—porque el forastero era *hombre delicado* y no tomaba amargo,—y la conversación giró sobre vacas flacas y caballos gordos, sequías probables y carreras próximas.

Notábase sin gran esfuerzo que la conversación no gustaba ni divertía a ninguno.

Las mujeres, cansadas de tomar mate dulce por "hacer compaña" al intruso, hallaron modo de escurrir el bulto, una después de la otra, y así que los hombres se quedaron solos, el forastero se preparó como para hablar de importantes y delicados asuntos.

El dueño de casa le allanó el camino al preguntarle:

—¿Qué se habla de elesiones por allá?

—Bastante,—dijo el otro;—bastante: esta vez es de a deberas.

—No compriendo.

—Bueno, para eso he venido; porque, ¿sabe?, estamos trabajando firme, ¿sabe?; y de esta hecha, o la ganamos o nos lleva el diablo, ¿sabe?

—Yo creo más siguro que nos lleve el diablo. Convénsase, amigo, no da el potrillo pa botas.

—Yo compriendo que usted no crea: ¡las cosas han ido tan mal!... Pero, ¿sabe? ahora es otra cosa, ¿sabe?, porque contamos con la ayuda de los de arriba, ¿sabe?

—¡Pa jeringarnos, como siempre!...

El forastero sonrió con aire compasivo, en tanto el dueño de casa sacaba del bolsillo del chaleco un trozo de tabaco en rama y lo picaba sobre el dedo· Lió dos cigarrillos y ofreció uno al visitante.

—Gracias: yo pito blanco,—dijo éste; y a su vez extrajo del bolsillo de la bombacha un paquetito de tabaco caporal brasilero. Usaba yesquero, una calabacita con aro y tapa de plata. Golpeó el pedernal, encendió la yesca, sopló para avivar la combustión, y mientras encendía el cigarrillo, cerrando un ojo,

—¡Es a la fija!—exclamó.—El capitán Nicanor García trabaja en la Sesta y ya tiene visto todo el vecindario; en la Cuarta está don Marcelino González, hombre patriota y ativo; dispués están Santos Téliz, Secundino Benítez, Martín Pedragosa,

y, en fin, ¡la mar!... Hombres todos, ¿sabe?, que, ¿sabe?, trabajan, ¿sabe?

Prosiguió el forastero ponderando las probabilidades de éxito, citando nombres, descubriendo a medias secretos electorales y supliendo con guiños, con muecas y con *sabes* lo que se reservaba para decir más tarde.

El ganadero escuchaba serio, los ojos medio cerrados, dibujada en el rostro una casi imperceptible expresión burlesca, bostezando a menudo con marcadas muestras de fastidio.

La "patrona" entró anunciando que el almuerzo estaba pronto, y esto hizo suspender la plática.

II

Don Lucas Cabrera, el dueño de la estancia, era hombre entrado en años, que ocultaba entre su cabellera crespa y larga y su abundante barba negra salpicada de escasos hilos blancos, setenta otoños bien cumplidos. No mostraba su edad y era como esos guayabos seculares que tienen podrido el corazón y amenazan ruina, en tanto que la corteza se conservaba verde y llena de vida. Fué soldado en la Guerra Grande, con Oribe; oficial el 64, en la campaña contra Flores, y jefe el 71, en la revolución de Aparicio. En la primera patriada perdió toda la hacienda que le habían dejado sus padres; en la segunda vendió la mitad del campo para armar y equipar su compañía; en la última perdió la otra mitad y ganó dos lanzazos y el grado honorífico de teniente coronel. Desde entonces

se dedicó al trabajo, y al cabo de muchos años,—durante los cuales fué tropero y capataz de su antigua estancia,—llegó a adquirir media suerte de campo con mucha piedra y poco pasto. Su ganado tambero fué procreando, las ovejas produjeron onzas de oro con su vellón, y al finalizar tres lustros de labor ruda y economía extrema, allí estaban dos suertes de campo, cuatro mil reses, tres mil ovejas y cuatro tropillas de caballos buenos y malos para repartir entre los diez hijos que "Dios y su mujer",—decía él,—le habían dado. No sabía leer ni escribir, aunque sí contar las "tarjas" en hierras y apartes. Sus más grandes placeres fueron siempre una carrera importante, un asado gordo o una siesta tranquila. Conservaba el amor al partido y el respeto a sus hombres, —los dioses penates, que adoraba adornados con cintas celestes: Oribe el dios, Aparicio su profeta. —Pero la adversidad había quebrado sus energías y se entusiasmaba con la leyenda sin creer en el futuro, con esa tenacidad de los viejos que, viviendo cubiertos con la caparazón del pasado, no esperan ni confían en las generaciones que les suceden. Sin comprender que es imposible hacer lo que ellos hicieron antaño, achacan a voluntario achicamiento de los hombres, lo que es evolución fatal de las cosas. Partido que vive en la llanura proscrito y vejado y no va a la lucha, y no se alza en armas contra el bando prepotente, no es partido,—pensaba. La divisa sin las cuchillas era un trapo sin objeto. Antes se peleaba y hoy se discute: ¡las elecciones reemplazan a la guerra,

las balotas a las lanzas, la intriga al valor!... ¡Qué tiempos aquellos!... ¡Bastarrica, el león cantábrico de arengas extrañas y de valor de fiera, buscando siempre jefes enemigos para "darse un cotejo"; Aparicio, la lanza invencible. el huracán, el fantástico luchador de la leyenda; Medina, la vieja reliquia de la era de la epopeya!... ¡Qué tiempos aquellos!... ¡Hasta las chinas peleaban!... Y el ganadero sacudía con rabia la espesa melena, recordando con dolor la gloriosa espada del héroe de Ituzaingó y la lanza inclemente del iracundo vencedor de Severino... ¡Qué tiempos aquellos!... La bota de potro, la espuela nazarena, la tacuara, la vincha, un flete bravío, la divisa, los caudillos y... ¡a morir!... ¡Qué tiempos aquéllos!... Hoy los gauchos usan pantalón y son blandos como madera de ceibo, y no piensan más que en comisariatos, a los cuales se pegan como pedazo de pulpa espumosa arrojada contra la pared de un rancho!... Intrigas, bajezas, chismes; mucha charla, muchas compadradas... ¡lindo tiempo! ¡Lindos gauchos que no saben domar un potro, ni enlazar un novillo, ni reñir con una policía, ni robar una china, y usan pañuelos de golilla por lujo y revólver niquelado para vista!... ¡Elecciones!... ¿para qué? ¿para que las gane el gobierno y se ría de los zonzos que gritan y hacen reuniones y gastan plata inútilmente?... Y si acaso alguna vez se vence, ¿qué obtiene el vecindario? ¡Nada!... los que ganan son los políticos, los doctores. ¡Así va el partido en manos de

los políticos! ¡Así va la patria en manos de los doctores!

Este era don Lucas Cabrera.

Su visitante era hombre de otra época, de otra escuela y de otro temple. Era el gaucho transformado en personaje político en el transcurso de unos pocos años. Toda su persona acusaba esta transformación más superficial que profunda.

Su físico era agradable. De regular estatura, bien formado, aunque con las piernas algo abiertas; la cabeza pequeña y el pelo negro muy corto; la faz morena, la frente estrecha y muy pobladas las cejas; ojos grandes, redondos, con poca expresión; bigote y pera napoleónicos, bastante cuidados. Usaba saco negro, bombacha de merino del mismo color, sombrero calabrés y botas charoladas, sin brillo ya a causa del mucho uso. En el cuello llevaba de golilla un pañuelo de seda blanco,—que pregonaba excesos de lavados y de servicios;—y en el dedo índice de la mano derecha,—una mano morena, pero no grande, y cuidada,—un grueso anillo de oro con una gran piedra lila; en el meñique de la izquierda, un arito de oro y un anillo de cola de lagarto. Con frecuencia llevaba la mano a la cadena de pelo con virolas de oro, que sujetaba un reloj de plata muy viejo y muy gastado.

Este hombre se llamaba Celestino Rojas: era conocido en todo el departamento y se sabía su historia por las frecuentes narraciones que él mismo hacía de sus proezas. Muy joven se había alistado en el ejército revolucionario del general

Aparicio, haciendo toda la campaña y encontrándose en todas las acciones memorables. Habíase hallado en las cargas heroicas de Severino y Corralito; asistió a la triste jornada de Manantiales, después de haberse estrellado contra los infantes de hierro del general Suárez en el Sauce. Y como él servía, ya en el ejército, ya en las partidas, y no se preocupaba de cometer anacronismos al narrar sus aventuras, resultaba que el 28 de febrero, sirviendo con Puentes y Salvañach, derrotaba a Fidelis en Cuñapirú, y el 6 de enero llegaba con Muniz a las puertas de Montevideo, y así seguía combatiendo con Pintos Báez, con Bastarrica, con Moreno, con Benítez o con Mena, en todas partes y en toda época.

Había sido,—siempre según él,—capitán de lanceros, y nadie le llamaba sino "el capitán Rojas",—cosa que le disgustaba, pues tenía méritos sobrados para que le ascendieran y fundadas esperanzas de calzar la efectividad de sargento mayor. Y,—bien seguro,—o jefe o nada: un kepis con dos galones, y aun con tres, haría una ridícula figura sobre su cabeza, que empezaba a encanecer; no tanto, decía, por influjo de los años, como por la acción destructora de las perrerías sufridas en la vida de campamento, en sus innumerables servicios prestados a la causa.

Durante mucho tiempo, su gran ambición fué lograr un comisariato,—el afán de todo gaucho sin hábitos de trabajo;—pero al presente le parecía exigua recompensa a sus desvelos. Inspector de Policías, quizá; aunque su sueño era la Jefatura

Política. ¿Por qué no había de calzarla?... Iban ya transcurridos más de diez años de miseria, soportados con altivez de varón de nervio; porque durante ese período tan prolongado como amargo, él supo siempre conservarse en su puesto, pasando necesidades a menudo y hambre muchas veces, sin descender al trabajo, a la vil ocupación que vulgariza y que rebaja. En lucha con la pobreza, había observado mucho y había adquirido la apariencia, si no el fondo, de un hombre superior, en medio de la general ignorancia de sus vecinos. Algunas libras esterlinas salidas no muy a gusto del bolsillo de *correligionarios* generosos, o una buena suerte en el juego, pagaban los pequeños gastos: comidas en la fonda a tres reales por día; la taza de café en el billar, que en ocasiones fiaba; el paquetito de caporal brasilero que costaba diez centésimos y solía durar una semana, y el pago de lavandera y planchadora,—una buena china que se contentaba con lo que se le diera y cuando se le diera.—Si los recursos faltaban en absoluto, quedábale el expediente de ensillar caballo y salir a campaña, donde pasaba un mes, de estancia en estancia, de puesto en puesto, y de donde regresaba con dinero, mucho o poco, en animales o en especie.

Era indudable que en alguna época habían corrido mejores tiempos para él. Lo atestiguaban la tropilla de caballos,—de la cual conservaba la mitad, distribuída en campos de amigos,—y algunas prendas que fueron de valor. Su recado llamó la atención en carreras y reuniones; pero ya las en-

cabezadas de plata ostentaban abundantes abolladuras; los grandes estribos de campana con una inicial de oro en medio, dos años hacía que habían desaparecido: ciento treinta y cinco pesos le habían costado y los vendió por cuarenta en instantes de apremio; las riendas y cabezadas con virolas y bombas de plata decían su edad, y los pellones cosidos en muchas partes demostraban la prolijidad del dueño y los años de uso.

Hombre afanado en ser práctico, aunque en realidad no lo era, Casimiro Rojas hablaba poco y observaba mucho. De ese modo había logrado borrar su origen y ocultar su pasado· Del gaucho de maletas, pingajoso y vagamundo, afecto a compadradas y rico en refranes, restaba muy poca cosa. Había adoptado una gravedad altiva de personaje político y usaba frases aprendidas de memoria y palabras misteriosas de gran efecto entre el gauchaje, leídas en los diarios u oídas al cura o al boticario del pueblo, españoles rehacios con pujos literarios que hablaban por Cervantes, aplicando en todo los pasajes del Quijote como sentencias bíblicas, infalibles e inapelables.

III

Era más de medio día cuando concluyó el almuerzo, durante el cual se había comido mucho y hablado poco, según el hábito de los paisanos. Las mujeres, sobre todo, no habían desplegado los labios sino para decirse algo al oído y con las precauciones de quien se encuentra en un velorio.

Retirado el servicio, el comedor volvió a adquirir aspecto de sala, y los dos hombres quedaron solos.

Rojas fué quien principió el diálogo, preguntando:

—¿Y sus hijos, que no veo ninguno?

—Están en las carreras.

—¿Y las carreras no eran para ayer?

—Sí, pero los muchachos dentraron en una "penca" con el potrillo malacara y sacaron un terno; pero entonces, como que ya era muy tarde, risolvieron dejar pa hoy la decisión.

—¡Ah!—exclamó Rojas, que deseaba abordar un punto importante y no encontraba el medio. Después de un momento preguntó, afectando indiferencia:

—¿Mi overo está en buenas carnes?

—Está en el potrero como una bola: naides le ha puesto las garras encima.

—Es que, ¿sabe?,—continuó el capitán,—ahora lo voy a precisar, ¿sabe?

—Cuando quiera.

—Tengo que andar de aquí para allá, ¿sabe?, pa estos trabajos. Yo vine hoy pa eso, ¿sabe?...

—¿Pa qué?

—Pa hablarle...

—¡Hable, pues!...

Otra vez hallóse Rojas indeciso; no encontraba manera de expresarse, no sabía cómo decirle a aquel hombre,—que odiaba la política y detestaba a los políticos,—que iba a buscarlo, que iba a solicitar su concurso para el trabajo eleccionario

en que estaba comprometido. Al fin, olvidando galanuras, echando a un lado aquella ilustración que no le servía para nada en aquel momento, dejó hablar al gaucho y dijo brutalmente:

—Vengo a verlo pa que nos acompañe en las elesiones.

Don Lucas lo miró un rato con asombro, como quien no se da cuenta de lo que ha oído. Luego sacudió su cabeza y rió, rió largo tiempo, mirando con lástima al pobre capitán que se había tornado serio, casi hosco, completamente desconcertado; que sentía deseos de marcharse sin agregar una palabra; pero... y su reputación, ¿cómo quedaba después de haberse comprometido a arrastrar al ganadero, a aquel indiferente a quien nadie se había aventurado a hablar en tal sentido?... Nicanor García rió de buena gana el día que él dijo conseguiría a don Lucas; y el coronel Matos había guiñado un ojo, burlándose de su petulancia. No: no se iría sin conseguir su objeto, de una o de otra manera.

Tras un largo silencio, volvió a la carga.

—Usted no me ha entendido bien, amigo don Lucas,—dijo.

—¿Cómo es eso?... Pueda ser. Espliquesé, amigo, que los hombres hablando se entienden.

—Sí, no me ha entendido, porque yo no he querido decirle que usted tome parte en la cosa.

El viejo reía de nuevo.

—¡Vaya, vaya!—exclamó.—Más bale ansina. Yo creiba que venía... en fin... Ya sabe que hablarme de eso es al ñudo. No me friegue más

por ese lao, porque pa tramoyas y enriedos no me agarran ni a tiro de bola.

—Bueno. Yo sé bien que usted no cree en estas cosas que...

—¡Que apestan, amigo!

—Que nosotros vemos segura.

—¡La enocensia les valga!

—Como quiera. Usted no irá, pero sus hijos son...

—¡Hijos de tigre, overos han de ser!

El capitán, impacientado con las interrupciones del estanciero, se veía obligado a reprimir su enojo para no contestar con un desatino que echaría abajo todos sus planes.

—Pues amigo, yo creo que, en lugar de overos, debían ser blancos,—dijo afectando bromear.

—Me da gana de largarle una risada en la cara, amigo Rojas,—contestó el viejo;—hijos míos ¿no han de ser blancos?

—Pues por eso deben acompañarnos.

—¿Pero pa qué?

—Pa ir a escribirse.

—¡Sí, pa que dispués anden enredaos con la polecía y tuitos los días haigan cuestiones y lo traten a uno como a mancarrón ajeno! ¡Por buena liendre que es el comesario y por poco arteros que son sus melicos!... Y todo, ¿pa qué?... ¡Pa servir de escalera a los manates de Montevideo, pa apadrinar a los dotores, que dispués ni siquiera se acuerdan del gaucho bobo que se jeringó por ellos!... ¡Es al cuete, amigo, es al cuete!...

El ganadero tenía razón, y Rojas lo compren-

día; para el gaucho semi bárbaro, maldita la ventaja que había en que fuera diputado Fulano o Mengano; y, en cambio, los inconvenientes de inmiscuirse en trabajos electorales eran muchos. Pero para el capitán y para otros muchos como él, que nada arriesgaban y podían obtener algo, la cuestión presentaba un cariz distinto.

Casi vencido, Rojas se decidió a emplear el último recurso.

—Bueno,—dijo;—no tengo nada más que decirle entonces, ¿sabe? Yo lo siento por el coronel, ¿sabe?, que va a agarrar un disgustaso.

—¿El coronel, por qué?—interrogó don Lucas cambiando de tono.

—Porque, ¿sabe?, el coronel estaba seguro de que usted lo acompañaría, y así lo garantió a los amigos, ¿sabe?...

El ganadero profesaba gran respeto y mayor cariño al coronel Matos, de manera que la frase de Rojas le produjo el efecto que éste esperaba. Después de tironearse nerviosamente la barba con la gran mano callosa y negra,

—¡El coronel no escarmienta!—gruñó.—Siempre lo mesmo, en balde ha llevao más golpes que besos le dió su madre.

El capitán, con aire zorruno, prosiguió:

—Ha convidao a todos los amigos pa una riunión en su estancia este domingo, y a la fija va a tomar a mal que usted no vaya.

—¡Pero él sabe que yo no voy!—gritó el viejo alzando los brazos con impaciencia.

—Ya sé, amigo; pero eso no sinifica nada.

—¿Cómo, nada?

—Dejuro: sus hijos pueden ir.

—¡Dale con mis hijos!... ¿Por si acaso mis hijos son terneros de teta, ni yo ando con ellos a los tientos?... Si ellos quieren dir, ¡que vayan!

—Si usted no los manda, es seguro que no van a ir, y aunque más no sea por complacer al coronel...

—¡Está bueno, amigo!...—murmuró don Lucas rendido, y luego, como para tomar la revancha y hacer menos dolorosa la derrota:

—¡Pero yo no voy!—agregó.—¡Yo no voy a dir, no voy a dir!... Digaseló al coronel, que yo no voy a dir, pa nada: ¿ha oido? ¡pa nada! ¡pa nada!...

Esa tarde el capitán Rojas ensilló su overo, que efectivamente estaba "como bola"; se despidió del dueño de casa y salió de la estancia contento, "haciendo bailar su flete", agitando el rebenque plateado y cantando entre dientes un aire de pericón.

Estaba satisfecho.

IV

En el dorso de una loma no tan extensa como empinada, se destacan sobre la superficie lisa, tapizada de verde, los ranchos negros que constituyen la estancia del coronel Manduca Matos. No hay más árboles que tres higueras escuálidas que jamás dan fruto y en pocas primaveras ostentan hojas. Unos ranchos de adobe, bastante derruídos, y un

galpón casi sin techo y con los horcones inclinados y carcomidos por los gusanos, constituían la morada del viejo jefe y acaudalado estanciero. El coronel, siempre entregado a la política y a su partido,—al cual servía con singular desinterés,—no había tenido tiempo de preocuparse de sus bienes. Más de veinte años hacía que proyectaba construir un edificio importante, sin que el proyecto se viera ni tuviera probabilidades de verse realizado.

El día a que hacemos referencia, un domingo de Agosto, exuberante de luz, la estancia presentaba un animado y curioso aspecto. Desde muy temprano habían empezado a llegar los invitados a la reunión, y otros que, no siendo invitados, no dejaban nunca de concurrir allí donde se podía comer bien y beber mejor, sin pagar nada.

Alrededor de las casas veíanse más de treinta caballos, atados a soga unos y maneados otros. En el galpón había otro grupo numeroso de los más haraganes, que no habían querido tomarse el trabajo de desensillar; y en los rincones, apilados, multitud de recados de todas clases, desde el "chapeao" recamado de plata, hasta el "recao de negro" de "basto sillón", carona rota y cojinillos de cuero de oveja, sin curtir. En medio del amplio patio, sembrado de pedregullo, se alzaba una enramada, construída a la ligera y techada con ramas de mataojo y chalchal. El vocerío incesante y el continuo ir y venir de los hombres daba a la estancia el aspecto de una gran lechiguana abandonada sobre la colina verde.

Adentro de la cocina y a su alrededor se habían agrupado las gentes de menor cuantía, mientras bajo la enramada platicaban seriamente las personas de importancia, que eran pocas: el mayor Carranza, un indio viejo con el pelo y la barba teñidos de rojo, metidas las piernas entre unos pantalones muy estrechos, y los pies en unos botines de punta angosta que no le dejaban caminar; el capitán Nicanor García, gaucho inteligente y vivaracho, que también gastaba pantalón, calzaba botines de charol y llevaba sombrero duro, dándose humos porque era "teniente de línea" y había ocupado altos puestos públicos en el departamento; don Martín Pereyra, un viejo octogenario, muy obeso, y a quien se respetaba porque era estanciero rico y porque había servido con Oribe; Pedro Arragaray, un vasco pulpero, también viejo, pero fuerte como un toro, y para el cual, después de Dios, había tres dioses: Carlos V, Zumalacárregui y Bastarrica; un joven pálido, periodista epiléptico que redactaba en el pueblo un periódico de oposición furibunda; dos o tres estancieros más, uno que otro comerciante de las inmediaciones y varios oficiales de partido, con grado, pero sin despachos; después, en el patio, en el galpón, por todas partes, peones, troperos, "agregados" y puesteros endomingados, casi todos con chiripaes de merino negro, o de ponchos inservibles, dejando ver el calzoncillo muy almidonado y casi azul con el exceso de añil, y las alpargatas nuevas, floreadas. Junto al guardapatio, una docena de ciudadanos mataba el tiempo jugando a la taba por

"rialitos", y un poco más lejos, bajo la pequeña higuera que vegetaba al lado de la puerta del rancho, varios mozos tañían la guitarra y cantaban décimas ora amorosas, ora patrióticas, mirándose, de cuando en cuando, las largas botas de charol recién estrenadas o los grandes pañuelos de seda, blancos o celestes, que llevaban al cuello. Más allá del guardapatio, en el playo de las carneadas, cuatro hogueras enormes, constantemente alimentadas, chamuscaban los asados con cuero: costillares, "picanas", "degolladuras", etc.

Nicanor García, haciendo de maestro de ceremonias, iba y venía, palmeando con afectada amabilidad a los que llegaban, preguntándoles por toda la familia, indicándoles el mejor sitio para atar los caballos y el paraje más a propósito para colocar los recados. Vigilaba los asados, daba consejos, no desdeñaba llegarse hasta la cocina y dirigir alguna frase cariñosa a las gentes menudas; se detenía un instante en la cancha de taba, aplaudiendo al que había echado una "clavada", y se iba presuroso por no sucumbir a la tentación de "agarrar el güeso",—goce que hubiera perjudicado a su reputación de hombre importante. De rato en rato acudía a la enramada para conversar con el coronel, para quien tenía siempre frases elogiosas y galanterías estudiadas.

—La cosa se prepara bien, coronel,—le dijo; y luego, trabajando *pro domo sua,* agregó:

—Mis muchachos han venido todos: ¡ninguno ha faltado!

Entonces el mayor Carranza, que se paseaba si-

lencioso, encorvado su gran cuerpo de buey viejo, se acercó, y con voz gangosa, debida a los pólipos que habían dilatado enormemente la nariz, se atrevió a decir:

—Sí; pero el capitán Rojas no ha venido entuavía.

—La verdá, y es extraño,—agregó el jefe.

García, que odiaba a Rojas y se disputaba con él el predominio, sonrió maliciosamente y exclamó restregándose las manos:

—¡Estará en algún rancho tomando mate!

Y luego, con arrogancia, repitió:

—Mis muchachos han venido todos: ¡no ha faltado ninguno!...

Carranza, que no gustaba de enemistarse con nadie, salió en defensa del ausente:

—No,—dijo;—dejuro andará recolutando gente. El hombre está empeñao en el juego y ha de hacer tuito el posible... Yo digo; pueda que no... pero pa mi gusto el hombre ha trabajao... De una laya o de otra, el hombre ha hecho el posible... El hombre es güeno... el hombre es compañero derecho... No se duebla... Aurita no más ha de cair... Yo digo...

Y se sonó con estrépito la enorme nariz.

—¡Capitán García! ¡capitán García!—gritaron en ese momento. ¡Venga a ver este asao, que se me hace que yastá!...

—¡Allá voy!—respondió el oficial, y corrió presuroso a inspeccionar los fogones. Apenas había llegado, cuando se vió en la necesidad de ocurrir

a la cancha de taba, donde había comenzado una disputa.

—¡Jué clabada, amigo, y en güena lai!—gritó uno.

—¡Miente! ¡jué Grabiel que puso la pata!—vociferó otro.

—¡Miente no, gaucho sarnoso!—replicó el primero enderezándose y echando mano al cuchillo.

—¡Mal educao, verás si te doy más tajos...!

El otro se aprestaba a la lucha y la disputa hubiera concluído mal sin la pronta intervención del capitán García.

—¿Qué es esto?—exclamó.—¿Entre amigos... y en este momento armar farra?... Vamos, compañeros: entre bueyes no hay cornada; ¡no se calienten al ñudo!..

Y viendo que sus palabras producían buen efecto, agregó chacoteando:

—¡No hay que pincharse la panza, aura que la vamos a llenar con esos asaos que están apagando el fuego de puro gordos!...

Rieron los concurrentes; y los dos adversarios, luego de haberse dirigido mutuamente una mirada rencorosa, volvieron al grupo, dispuestos a dar por solucionado el incidente. Otro tomó la taba y el juego continuó, en tanto, allá lejos, bajo la higuera raquítica, la guitarra lanzaba los acordes tristes de un estilo.

García se alejaba triunfante, satisfecho de su prestigio, cuando percibió un gran movimiento en el galpón y las voces de:

—¡El capitán! ¡el capitán!...

Altivo, imponente, bien erguida la cabeza, el capitán Rojas avanzaba haciendo sonar en los menudos guijarros del patio las rodajas de las espuelas de plata, y sacudiendo el rebenque que pendía de la muñeca derecha, sujeto por la cinta celeste. Llevaba el sombrero en la nuca, la borla del barboquejo en la boca, el pañuelo blanco tendido sobre la espalda, y en el brazo izquierdo el poncho de verano, cuyos largos flecos barrían el suelo. Diez mocetones lo seguían con aire tímido, molestados con la observación de que eran objeto.

García se mordió los labios con rabia; el coronel tendió la mano afectuosamente al recién llegado, y el mayor Carranza, no encontrando en su imbecilidad una frase que expresara su admiración, murmuró asombrado:

—¡La gran...!

Entonces el capitán Rojas, sonriendo con aire de triunfador, se dirigió al jefe diciéndole:

—El amigo Cabrera está enfermo y no puede venir; pero aquí le manda esta tropilla.

El coronel, hombre bondadoso, lo felicitó por su triunfo. De veras, él no hubiera creído que don Lucas Cabrera cediese. ¡Lo conocía tanto a aquel buen amigo!...

Muy alegre,—porque en el fondo de aquella alma vanidosa había un caudal de bondad y una puerilidad casi infantil,—Rojas se alejó y fuése hasta los fogones, donde García, despechado, furioso, daba órdenes a gritos, con frases groseras y soeces. Le puso una mano en el hombro, saludándolo cariñosamente.

—¿Cómo te va, hermano?...

—Ya lo ves: asando churrascos pa matarle el hambre a la indiada,—respondió García dominando su enojo.

García era tan cobarde como intrigante. Conocida era su historia, desde sus mocedades de perdulario hasta que adquirió importancia y obtuvo sus galones traicionando y maltratando a sus compañeros. Después, un jefe político lo había llevado consigo, le había dado un puesto importante, y logró reconciliarlo en cierto modo con sus compañeros de causa. Sobradamente astuto, sus armas eran la intriga y la perfidia, y por eso mostrábase más que amable, cariñoso con Rojas, mientras a la sordina y con trabajos de zapa minaba su prestigio.

Estuvieron largo rato conversando amigablemente. De pronto,

—Allá viene uno,—dijo García; y entrambos quedaron contemplando al que se acercaba. Éste no tardó en llegar a los fogones, y sin bajarse del caballo,

—Buenos días, señores,—dijo con sequedad.

Era un mozo joven, de pequeña estatura, de fisonomía severa y de mirada inteligente y dura.

—Bajate, muchacho,—le insinuó García.

—No, gracias; yo no soy cuervo que anda olfateando carnizas,—contestó estirando desdeñosamente el grueso labio inferior. Y luego, apoyándose negligentemente en la encabezada delantera del recado, y mirando los asados:

—Carnean gordo,—dijo.

—Carnecita no más, carnecita blanca,—replicó García, como si el elogio hubiese sido dirigido a él, como si las vacas hubiesen sido suyas.

—¡Pero bajate, pues!—agregó.

—No, gracias; voy de paso.

—¡Bajate y pegás un tajo!...

Entonces se adelantó Rojas y le dijo con entonación severa:

—Bajate, rubio; vos sos blanco y debés acompañarnos.

—Ya soy viejo pa zonzo y no tengo ganas de que los milicos me calienten el lomo,—contestó el joven, siempre sonriendo.

—¿Tenés miedo?

—¡Pueda ser!—agregó con sorna; y tirando la rienda al caballo,

—¡Hasta la vista, señores!—gritó; y al trote, muy echado para atrás, muy estiradas las cortas piernas, se alejó lentamente. Rojas permaneció pensativo observándolo, y cuando hubo traspuesto la loma, se fué meditabundo y cejijunto hacia la enramada.

Una voz fresca y bien timbrada hacía oir, al compás de la guitarra, las estrofas de una décima patriótica; la gente, que empezaba a sentir hambre, se agitaba con impaciencia y, bajo la enramada, los *personajes* bostezaban, en tanto el mayor Carranza, mortificado por sus botines nuevos, se paseaba haciendo pininos.

—¿Quién es ese que estuvo?—preguntó el coronel.

Rojas, cada vez más pensativo,

—Leopoldo Almeida,—contestó; y se marchó hacia la troja, serio, severo, casi sombrío.

—¡Los asaos yastán!—gritó García, y esa frase hizo renacer el buen humor en todos los concurrentes.

V

Era más de la una de la tarde cuando la comitiva, en grupo numeroso y alegre, se puso en movimiento. Iban cincuenta y tantas personas, formadas en hileras de a ocho, mandadas por el capitán Rojas, pues el coronel marchó al pueblo, donde su presencia era indispensable.

Picaba el sol bañando de luz las lomas solitarias; ni una nube oscura empañaba el gris claro y uniforme del cielo; ni una brisa agitaba las ramas siempre verdes de las chilcas; ningún ruido, ningún rumor de vida turbaba el silencio de la amplia zona despoblada, que la comitiva iba encontrando muda, y dejando muda, a medida que pasaba.

Quien no conociera los hábitos del campo hubiera dicho, al ver desfilar aquellas gentes, que se trataba de una partida revolucionaria, más bien que de un grupo de ciudadanos dirigiéndose a cumplir los pacíficos deberes del sufragio. Los mangos de los facones golpeaban la cabezada del recado, y las culatas de los revólvers y las pistolas brillaban al ser besadas por los rayos solares. Las fisonomías duras, secas, casi hostiles y amenazantes inducían a pensar más en las luchas de la lan-

za que en las luchas democráticas. Aquellos pardos, aquellos mulatos, aquellos negros, aquel gauchaje analfabeto y semi-bárbaro no podía tener conciencia de sus actos, no podía ir por voluntad propia a elegir representantes. ¿Qué sabían ellos lo que eran representantes, cuál su misión, cuáles sus deberes?... ¿Ni qué les suponía a ellos que fuesen Zutano o Mengano, si nada habían de ganar con esto? ¿Que el país marchaba mejor o peor?... ¿Y qué?... De los cincuenta y tantos hombres que iban a votar, cuarenta por lo menos no tenían, a pesar de ser jóvenes, otra ambición que seguir viviendo como agregados en el rancho o como peones en la estancia del patrón o del amo. Y como el patrón o el amo les habían dicho que fueran y les habían dado alpargatas, camisas o bombachas nuevas para que se presentaran con decencia, allá iban, inconscientes, sin entusiasmo, sin ideal político, sin fe en un triunfo que no les alcanzaría y sin temer una derrota que no había de perjudicarles.

Cuando llegaron a los ranchos de la pulpería donde estaba instalada la Comisión inscriptora, ya había allí mucha gente, gente de mala catadura en su mayoría, reclutada por el comisario, ¡Dios sabe dónde y con qué fin! Recibieron a los que llegaban con aire hostil, satisfechos del disgusto que causó a éstos el tener que manear sus caballos al sol, porque la enramada, los varios ombúes y hasta la sombra de los ranchos estaban ocupados de antemano.

Rojas, acompañado de García y cuatro o cinco

amigos más, penetró en la trastienda de la pulpería, mientras los otros se distribuían por el patio o ganaban el despacho de bebidas.

—¿Cómo va la cosa?—preguntó el capitán al pulpero, que era amigo de causa.

—Mal,—respondióle éste.—Panta Gómez está ahí con el segundo y toda la polecía.

Después, en voz baja y acercándose a Rojas,

—¡Están metiendo gatos de todas layas!

El capitán salió al patio y comprobó la presencia del comisario Panta Gómez,—un indio grande con cara de bandolero,—quien conversaba con su segundo, sentados a la sombra de un ombú y tomando mate amargo que cebaba el asistente. Del lado de afuera de la puerta del rancho donde funcionaba la Mesa inscriptora, estaban dos soldados armados a rémington y sable, y más allá, bajo unos espinillos, cinco soldados y un sargento, también armados de carabinas. En un minuto Rojas se dió cuenta de la situación: todos aquellos hombres, la mayor parte desconocidos, que había encontrado a su llegada, eran "gatos" destinados, no tan sólo a llenar el Registro, sino a impedirles a ellos la inscripción. La presencia allí del comisario y del subcomisario con ocho guardias civiles, respondía, indudablemente, al mismo plan. Iba a hacerse necesario luchar contra la fuerza, oponer la fuerza a la fuerza, y en esa partida Rojas veía el máximum de las probabilidades del lado del adversario. Conociendo a fondo la gente que le acompañaba, no abrigaba duda de que lo dejarían solo; pues bien que hubiera allí hombres de valor,

el respeto al principio de autoridad y el temor de comprometerse por lo que no les iba ni les venía, habría de hacerles cejar. Además, dado el caso de un triunfo brutal, ¿cuáles serían las consecuencias?... La satisfacción del momento y luego la vida errabunda y arriesgada del matrero, acompañada de la pérdida irreparable de todas sus esperanzas utilitarias... Volvió a entrar en la pulpería y comenzó a pulsar a sus compañeros; y si bien casi todos le respondieron con frases enérgicas, muchos con baladronadas, comprendió que no se había equivocado en sus juicios· Don Martín Pereyra, pretextando una repentina indisposición, se despidió, profundamente contrariado por aquel trastorno, montó a caballo y partió llevándose a sus tres hijos. El mayor Carranza había ido, allí cerca, al rancho de un amigo, a "pedirle emprestadas unas sapargatas"; el capitán García andaba dando vueltas alrededor de las casas, sin perder de vista su caballo, que tenía atado del cabestro a un poste del alambrado, lejos de los otros, bien a mano: y el vasco Arragaray, el hombre que quizá inspiraba más confianza a Rojas, estaba roncando en la cama del pulpero, borracho como una cuba. El capitán se paseaba impaciente, ceñudo, golpeando el suelo con los tacones de sus botas, y como había vuelto a ser gaucho, como había desaparecido el barniz pueblero que lo afeaba, estaba hermoso con el aspecto bravío, duro y altanero de la raza nativa. ¡Él no cejaría, al menos! Él iría hasta el fin, sin debilidades, sin cobardías, sin mirar atrás. Pero otra vez se le presentaba su

porvenir tan bien encaminado, sus sueños de poderío y de grandeza, la labor paciente de muchos años, y allá, en el fondo, el cuadro negro de las miserias pasadas, de las escaseces, de las necesidades, de las amarguras que apura minuto a minuto quien, alentando ambiciones, se revuelve en la pobreza. La derrota electoral sería el aplazamiento de sus proyectos; pero la lucha a mano armada era la muerte de sus anhelos. Se asomó de nuevo a la puerta y vió al comisario Panta, orgulloso dentro de su uniforme y echado sobre la oreja izquierda el kepis con tres galones. ¡Él conocía bien al indio Panta!; lo conoció muchacho cuarteando diligencias, descalzo y medio desnudo; lo conoció después, cuando matrereaba a causa de un robo de caballos; lo encontró más tarde en la frontera del Brasil, contrabandeando tabacos y armando escándalos en las jugadas... ¡Y ese era capitán ahora! ¡y comisario de policía!... ¡Y en cambio él, perteneciente a una familia rica, relativamente educado, lleno de sacrificios, vegetaba en la indiferencia, comía mal y de limosna, vestía con pobreza, y no andaba sucio y rotoso merced a su prolijidad; y no tenía hogar, y su cuerpo enfermo, trabajado por los años y las privaciones, por las intemperies, por los soles ardientes de los veranos y las lluvias frías de los inviernos, no tenía sino un miserable catre, en el cuarto de algún amigo, para reposar en las noches, esas largas noches sin sueño pobladas de tristes reflexiones y meditaciones dolorosas!... Por otra parte, el orgullo del gaucho valiente, esa reputación de

guapo que desaparecería en la primera "aflojada", aguijoneábalo impulsándolo al abismo... Pero, ¿por qué desesperar así?... Acaso sus desconfianzas fueran infundadas y posible el triunfo o cuando menos la lucha.

De pronto, deteniéndose en su paseo y dirigiéndose a los compañeros que bebían o charlaban en la pulpería,

—Muchachos,—dijo,—no hemos venido aquí a perder el tiempo. Vamos a iscribirnos.

Y otra vez, como en su entrada en la Estancia del coronel Matos, marchó adelante, erguida la cabeza, audaz la mirada, arrastrando el poncho y haciendo sonar las rodajas de las espuelas de plata.

Muchos lo siguieron; pero la mayoría tímida, irresoluta, haciendo comprender que al primer obstáculo daría vuelta cara.

Así que se acercaban a la puerta del Juzgado, el comisario y su segundo se pusieron de pie, y los cinco soldados, como si ya estuvieran prevenidos, cogieron sus armas y fueron a formar rápidamente detrás de sus jefes. Al mismo tiempo, los perdularios de que hemos hablado, empezaron a moverse, formando círculo alrededor de los compañeros de Rojas. Algunos de éstos, los más desconfiados, vieron pistolas que se corrían hacia adelante y mangos de facones que relucían. En las puertas de la pulpería que daban al patio, los curiosos, el dueño de casa y varias mujeres observaban lo que iba a acontecer. Reinaba un silencio profundo, amenazador y terrible.

El capitán Rojas, bastante pálido, pero siempre

sereno y altivo, siguió avanzando, fija la mirada en el comisario Panta, quien, con la mano en la empuñadura del sable, el kepis en la nuca y el rostro encendido, no perdía de vista uno solo de sus movimientos.

Comprendió Rojas que estaba perdido, que iba a suceder lo que había previsto; pero una furtiva mirada dirigida hacia atrás lo reanimó, al ver el numeroso grupo que le seguía. Llegó al umbral de la puerta y un soldado le mandó hacer alto.

—Vengo a iscribirme,—respondió con voz entera.

—No se permite entrar más que de a dos,—agregó el guardia civil.

—Entraré yo con otro.

—Hay gente adentro.

—Esperaré.

Panta Gómez y sus hombres no se habían movido; pero se adivinaba en la nerviosidad de aquél, que sólo esperaban el momento oportuno.

Rojas, afectando indiferencia, extrajo del bolsillo su paquetito de caporal brasilero, lió un cigarrillo, sacó fuego en el yesquero, encendió, y fumando esperó tranquilamente que salieran los dos que estaban adentro. Cuando hubieron salido, hizo ademán de entrar, y entonces el soldado, ganando la puerta y presentándole la boca de la carabina,

—¡Alto!—volvió a decirle.

—¿Por qué?—replicó el capitán enarcando las cejas y apretando los labios.

—Porque no se puede,—dijo una voz dura de-

trás de él; y al volverse para mirar, vió al comisario que adelantaba seguido de sus soldados.

La gente de Rojas retrocedió; éste también dió un paso atrás, y encarándose con Panta,

—¿Por qué no se puede?—preguntó con altanería.

—Porque esos señores,—contestó el comisario mordiendo las palabras y señalando a los harapientos que llenaban el patio,—están primero y les toca el turno a ellos.

Rojas, densamente pálido, con los ojos brillantes y el rostro descompuesto por la ira,

—Aquí no hay turnos,—replicó;—yo voy a entrar.

—¿Qué decís?—bramó el comisario con profundo desprecio.

—¡Que voy a entrar!—contestó el otro con bravura, y dió un paso hacia adelante.

—¡Parate, trompeta!—díjole el comisario; y al mismo tiempo, con movimiento rápido, desenvainó el sable y lo levantó amenazante. No con menor ligereza sacó a relucir Rojas su larga y filosa daga, recogió sobre el brazo izquierdo el poncho de verano y se plantó en guardia fiero y firme. Toda reflexión murió en su cerebro, oscurecido por la cólera, y el alma del gaucho iracundo vibró de nuevo altanera y viril, desafiando el peligro, sonriendo a la muerte.

Pasaron unos segundos de angustiosa expectativa; se oyó golpear de puertas cerradas bruscamente y gritos destemplados de mujeres que huían. El dueño de la casa, por lo que pudiera

ocurrir, entró a su tienda y corrió los pasadores de la puerta que daba al patio. El grupo que acompañaba a Rojas clareó en un momento; muchos se fueron escurriendo, llegaron donde estaban sus cabalgaduras, montaron y partieron. El mayor Carranza no había concluído de quitarse los botines en el rancho del amigo, y García, solo en la esquina del alambrado, junto al camino real, tenía el caballo de la rienda, la mano derecha en la cabezada del recado, y la mirada fija en el patio, esperando el desenlace.

Cuando Panta Gómez vió que su adversario hacía uso de armas, levantó más la espada, y con voz que revelaba la autoridad de que se hallaba investido, al par que la bajeza de su origen,

—¡Date preso, sarnoso!—gritó, y bajó el brazo, largando un mandoble a la cabeza de Rojas. Éste paró el golpe, lanzó un rugido y se abalanzó sobre el comisario, ciego y terrible como fiera enardecida.

Oyóse un gran clamoreo; inmenso tropel llenó el patio; los hombres corrían y se golpeaban luchando por llegar primero a sus caballos; bufaron éstos asustados; muchos reventando riendas y cabestros emprendieron la fuga, golpeando los grandes estribos de campana y sembrando recados por el campo; y cuando Panta Gómez, herido en el vientre, gritaba desde el suelo a sus soldados: "¡Maten! ¡maten!" y Rojas a su vez caía bajo los golpes de sable vomitando alaridos, el capitán García montaba su caballo, y al trote, muy tranquilo, salía rumbo a la sierra.

LA VENCEDURA

LA VENCEDURA

I

Continuas y copiosas habían sido las lluvias durante aquel invierno. Poco habían podido hacer los estancieros para reorganizar sus propiedades asoladas por la guerra. Los que llevaron ganados y tropillas al Brasil, regresaron con ellos flacos y enfermos. Los que tomaron parte en la lucha tenían sus campos despoblados: apenas una majadita para el consumo diario, unos cuantos jamelgos escuálidos y derrengados, y la esperanza en la primavera próxima para ver el engorde de los escasos vacunos comprados a peso de oro, a pesar de su flacura. De las huertas no quedaban más que uno que otro horcón del valladar de palo-a-pique, y el terreno desigual, rugoso, cuya fecundidad aprovechaban el cepa-caballo y la cicuta, la manzanilla cimarrona y el yuyo colorado. Vacíos estaban los galpones, tapizados de polvo y ornados con grandes cenefas de telarañas. Las lluvias y los vientos habían trabajado de firme en los techos de paja y en los muros de adobe de los ranchos que, respetados por el salvajismo partidario, no fueron reducidos a escombros por el fuego. En

el redondel de las "mangueras" había crecido yerba, y el extenso playo que existió frente a la tranquera, cubierto de gramillas, se confundía con el terreno verde, no dejando más que una mancha blanca, a un lado, donde, en los ya distantes tiempos de labor, encendíanse los fogones para calentar los hierros de las marcas. Ya no pacía cerca de las casas el ganado tambero, ni hozaban los porcinos, rodeados de patos y gallinas; y hasta la trillada senda que conducía a la enramada, se había casi borrado, invadida por el pasto.

Dura había sido la prueba, y duro debía de ser el trabajo para recuperar lo perdido. El país era un enfermo que entraba en convalecencia tras los sacudimientos de dos años de convulsiones histéricas que agotaron sus fuerzas.

Firmada la paz, restablecido el orden, se apagó en las cuchillas el rebramar de las contiendas, quedó el campo en silencio, y los jefes-pastores, deponiendo las armas, volvieron a sus hogares, como vuelven al cauce las aguas del río desbordado después de devastar llanuras.

Cuando don Marcial Rodríguez llegó a su Estancia del Sauce, no encontró más que cuatro montones de escombros, dos higueras y un ombú. Todo había sido arrasado, devorado por el fuego: las habitaciones de la familia, cuyos muros de piedra yacían en forma de montículo, cubierto de cenizas y carbones; los grandes ranchos de palo-a-pique donde dormía la peonada; el secular galpón de postes de coronilla clavados por el abuelo, y hasta la antiquísima cocina que ostentaba con

orgullo espeso revoque de hollín. Culebras y lagartos habían tomado posesión de todo y se señoreaban en los escombros sin recelos ni peligros. En el campo, entre pastizales inmensos, corrían libres, enarcado el cuello y sueltas al viento las pobladas crines, numerosas manadas de yeguas cerriles; y de entre los bosques de chilca, solían verse las largas cornamentas de un grupo de toros montaraces que, aprovechando el silencio, se habían atrevido a abandonar las lobregueces de los potriles. Después, ni un solo caballo, ni una oveja, ni una lechera. La carreta de bueyes, la rastra y el barril del agua, las herramientas de labranza, las marcas, todo lo que no se pudo robar había perecido en el incendio del galpón. Para que la estancia ofreciera el más completo aspecto de ruina, hasta los postes del palenque, de la manguera y del corral de las ovejas fueron arrancados a cincha de caballo. La partida que pasó por allí había trabajado con verdadera furia destructora: fué un huracán que no dejó nada en pie. En medio de tanta desolación, sólo el ombú se erguía siempre verde, siempre sereno e inmutable, como testigo sensible que ve pasar por su lado los años y los acontecimientos sin que los unos le dañen ni los otros le preocupen.

Don Marcial, acompañado de su hijo Juan, de dos amigos que fueron sus oficiales subalternos en la pasada lucha, y de Luis,—un pardo fiel que le sirvió de asistente,—emprendió con ánimo sereno la tarea siempre penosa de reconstruir lo destruído.

A la buena de Dios, con troncos de sauce y brazadas de totora levantóse un rancho que sirvió de albergue a los cuatro; luego, del mismo modo, se hizo la cocina: todo esto sin descuidar las faenas del campo, el aparte en la estancia de un almacenero gallego, a quien se compró un ganadito y una majada no muy buena, ni muy nueva, ni muy gorda, pero a buen precio.

—Hay que arreglar bien las casas, hay que volver a empezar, porque esto es rancho de negros,—había dicho el patrón, sin ocultar la tristeza que le producía el ver convertida en miserable ruina la casa de sus mayores.—Y el primer día bueno fueron todos al monte a cortar coronillas, que labraron y clavaron formando un gran rectángulo que debía constituir el galpón.

Se trabajó con ahinco, y en pocos días estaba armado: sólo faltaba la paja brava para el techo y se esperaban mejores días para comenzar el corte.

Una tarde, después de concluída la tarea y mientras "amargueaban", don Marcial, mirando el cielo, dijo:

—Parece que se ha asentao el tiempo y sería güeno encomenzar a cortar paja pa que se vaya oriando.

Y luego, dirigiéndose a su hijo:

—¿No has estao por el bañao del Sauce?

—No, tata,—respondió el aludido;—pero se m'hace que ha'estar muy lleno entuavía.

—¡Qué ha'estar!—exclamó el pardo asistente; —yo fuí esta mañanita campiando el petiso overo

y lo vide; tuavía hay agua, pero ya se puede meniar facón.

—Güeno, entonces vas a dir vos con Juan, mañana temprano,—continuó el patrón.

—¡Pa qué!—dijo el teniente Gutiérrez;—este indio viejo no corta dos "mazos" en tuito el día. Voy yo con Juan, más mejor.

—No hay comedido que salga bien, don Gutiérrez,—contestó el pardo sentenciosamente.

—Vamos a ver.

—Güeno,—concluyó don Marcial;—los que vayan a dir que agarren caballo pa salir bien al aclarar.

Poco después los cuatro hombres ganaban la cocina para preparar el medio capón, asado al asador, lo que, sin pan y sin sal y con sólo un mate amargo por postre, constituía su cena.

Después, a dormir en la habitación común, sobre las camas hechas con los recados.

II

En la improvisada cocina, por cuyas paredes construídas con manojos de ramas de chalchal penetraba el frío sin obstáculos, ardían con dificultad las astillas de sauce y coronilla acumuladas sobre el trashoguero de guayabo. Mientras Juan, en cuclillas, con los ojos cerrados para evitar la acción del humo, soplaba el fuego con toda la fuerza de sus carrillos, el teniente Gutiérrez preparaba la calabaza para el amargo.

—Hermano,—dijo el primero,—andá vos a trair los caballos.

No le agradó al teniente la comisión, y replicó en seguida:

—No, andá vos que sos más muchacho.

—¡Amolá que te asiente! Siempre me jeringás con lo de más muchacho, pa quedarte en el rescoldo. ¡Te estás haciendo más mañero que petiso de pueblo!...

—Es que yo ya tengo los güesos duros; y dispués que la mañanita está lainda.

—¡Pa debajo las cubijas! Siguro que los maniadores están como vidrio.

Al fin, desperezándose, el mozo salió en busca de los caballos.

Recién clareaba, el campo estaba lleno de escarcha y hacía un frío intensísimo. Juan recogió los maneadores que estaban mojados, blanditos, escurridizos y producían en las manos una impresión dolorosa; llevó los caballos a las casas, los enfrenó y fuése a la cocina a saborear el amargo.

—¡Vamos, muchachos, vamos!—exclamó don Marcial entrando poco después.—El mediodía los va a agarrar en la cocina.

—¿Y no churrasquiamos primero?

—¡Qué churrasquiar, amigo! Llévense un asao y allá lo comen; si no, nos van a encontrar las golondrinas con los ranchos pu'hacer.

Nada objetaron, y a poco, apurando el trote para ahuyentar el frío, iban, camino del bañado, los dos amigos, conversando de cosas viejas, evocando recuerdos comunes, cantando a veces y

aspirando siempre el humo del pucho de cigarro negro.

Llegados a la vera del bañado, desmontaron, desensillaron y ataron a soga los caballos. En seguida se remangaron las bombachas hasta encima de la rodilla y, facón en mano, penetraron en aquel bosque de paja brava.

Juan tenía razón: había bastante agua aún y el terreno fangoso hacía difícil la marcha. A cada instante los mozos se hundían en el lodo, en ocasiones hasta la rodilla; lo que no era obstáculo para que trabajaran con ahinco y buen humor.

El sol, ese sol ardiente que subsigue a los temporales, cubrió de luz aquel mar de gigantescas gramíneas, cuyas largas hojas de finos bordes cortantes, iban cayendo rápidamente al golpe de facón de los trabajadores. Poco a poco se fueron alejando uno de otro, porque en partes, los sarandíes extendían sus tallos tortuosos, imposibilitando el corte; en partes se alzaban totorales a cuyos pies crecían calagualas y culantrillos, y en partes blanqueaban las finas hojas dentadas de las espadañas.

Habían transcurrido un par de horas. Los dos mozos no se veían, pero seguían conversando y cantando. El teniente había empezado por centésima vez una canción del tiempo del Sitio:

Si Pancho Lazala
no pone remedio,
¡trabajo nos manda
con todos sus negros!...

—¡Hermanito! ¡cuasi me rebano un dedo!

—¡Y yo, entonce, estoy tuïto rajuñao!... Pero que vamu'hacer si los trabajos se han hecho pa los hombres, y al fin y al cabo hasta los mesmos pájaros tienen que agachar el lomo pa'hacer sus nidos.

...Ellos son borrachos,
ellos bochincheros,
y hasta los canarios
ya les tienen miedo...

—Hermano, ¡qué bien vendría un trago'e caña pa refrescar el gañote, que lo tengo seco como la perdiz!....

Desde lejos, asomando la cabeza por encima de las pajas, Juan replicó con sorna:

—Si te gusta el licor de las ranas, vení pacá. Riciencito me sumí hasta las verijas y ya tengo los basos blandos de tanto chapaliar barro.

—¿Qué?—gritó el teniente, que no había oído; y como no obtuviera respuesta, continuó su canto:

Ellos roban patos,
gallinas y güevos;
guascas, maneadores,
lazos y sobeos.

Los dos amigos se fueron separando cada vez más, buscando en el estero sitio apropiado para cortar la paja.

El teniente, que no era hombre para estarse callado, llamó repetidas veces a Juan; pero como éste no contestara, siguió cantando:

... y hasta los canarios
ya les tienen miedo;
por eso los llaman
güeyes chacareros...

Se detuvo para encender el cigarro, cuya brasa había caído; mas no encontrando el avío, colocó el pucho atrás de la oreja y prosiguió:

Donde hay yeguas potros nacen,
donde hay agua hay aperiá:
las más lindas flores crecen
entre el barro y la humedá.

¡Juepucha!... y ya me tajié un dedo. ¡Bien haiga la paja más brava que cuchillo hallao!... Suerte perra la del gaucho pobre, como que pa sufrir dijo la partera: barón!... Hoy hambre, mañana frío, necesidades siempre, y...

Yo soy del pago del Sauce,
pago lleno de dolores,
regado con sangre 'e blancos:
¡allí ya no nacen flores!...

No más de un cuarto de hora había transcurrido, cuando un grito de dolor agudo y prolongado le hizo levantar la cabeza.

Quedó un instante perplejo y luego llamó por repetidas veces:

—¡Juan! ¡Juan!—sin que nadie contestara.

Entonces, dando brincos como toro montaraz perseguido entre las pajas, corrió a toda prisa hacia el sitio donde suponía a su amigo, sin cesar

de llamarlo, y más alarmado a cada instante que pasaba. Una zanja llena de agua y defendida por un sarandizal cuyas ramas formaban malla impenetrable, cortóle el paso, obligándole a dar largo rodeo. Ansioso, anhelante, gritando siempre el nombre de su amigo, emprendió la difícil carrera, hundiéndose en el suelo fangoso y sin parar mientes en la paja que le azotaba el rostro, ni en las espadañas y caraguatás que destrozaban sus piernas desnudas. Presintiendo una gran desgracia, seguro de que Juan había sido herido, quizá muerto, lo ahogaba el deseo de llegar; y su mano derecha oprimía el mango del facón, aprestándose a la venganza. Al fin vió el claro de la paja cortada, y de un salto estuvo en él. Rápidamente investigó el paraje, notando en seguida unas pequeñas manchas de sangre y el facón del mozo. Y él, ¿dónde estaba?... En la senda que conducía al campo vió otras gotas de sangre, y se lanzó por allí, corriendo y gritando y observando a uno y otro lado, sin encontrar nada. La paja iba disminuyendo en altura a medida que se acercaba a la linde del bañado, y en cuanto su cabeza dominó el pajonal, se irguió y tendió la mirada escrutadora hacia el campo. Quedaba aún una buena lonja de bañado, y la loma que se alzaba inmediatamente después, estaba poblada de chilcas altas y gramíneas exuberantes. Titubeó un instante, dudó, escuchó, y no hallando ningún indicio, prosiguió la carrera por el trillo estrecho, duro en partes, fangoso a trechos, siempre irregular, tortuoso, de tránsito difícil.

Cuando llegó al arranque de la cuchilla se detuvo nuevamente para examinar el paraje, y creyó ver un bulto humano caído sobre la senda. Como ya el terreno era más firme y menos nutrida y lujuriosa la vegetación, corrió casi sin obstáculo y llegó pronto hasta el punto negro divisado sobre la loma.

No se había engañado: era Juan, cuyo cuerpo exánime reposaba sobre la yerba.

En un segundo se abalanzó sobre él, y se cercioró de que estaba vivo. Pero herido, ¿en dónde? Observólo con cuidado, lo movió, revisó el dorso y no sólo no halló la herida, sino que ni siquiera rastro alguno de sangre, lo cual le preocupó sobremanera. Recordó que sólo unas gotas rojas manchaban el playo, donde suponía perpetrado el crimen, y que otras pocas gotas coloreaban el sendero, y no se explicaba cómo podía su amigo encontrarse allí poco menos que muerto, sin haberse producido hemorragia. De pronto lanzó un grito furioso: el joven tenía el rostro amoratado, y en la pantorrilla desnuda, se veían dos pinchazos pequeños y dos coagulitos que los cubrían.

Aquello bastó al teniente para formular su diagnóstico con entera seguridad:

—¡Bíbora!—gritó consternado; y después de permanecer algunos minutos perplejo, irresoluto, dominado por la pena, se fué corriendo en busca del caballo más próximo.

Enfrenó a prisa; puso un cojinillo por todo arreo; alzó a Juan con gran trabajo, atravesándolo sobre las cruces del animal, y en seguida mon-

tó de un salto y salió, rumbo a la estancia, todo lo a prisa que las circunstancias se lo permitían.

III

En medio de la consternación consiguiente, Juan fué llevado al rancho y acostado en una cama arreglada de la mejor manera.

Don Marcial y los dos peones confirmaron el diagnóstico hecho por el teniente Gutiérrez:—¡Víbora!... no cabe duda,—había dicho el viejo, lagrimeando y recordando al hijo muerto.—Era una víbora: de cascabel, de la cruz, ¡quién sabe!; pero la ponzoña trabajaba enérgicamente en aquel organismo joven y vigoroso.

En cuanto al pronóstico, se leía fatal en el semblante triste y adolorido de aquellos hombres rudos, hechos al rigor, avezados al sufrimiento y familiarizados con la muerte en el continuo batallar de la época.

El mozo no daba señales de vida; un sopor, por instantes más intenso, le embargaba, y notábase sin dificultad que quedaba muy poca vida a aquel cuerpo rígido.

Pusiéronsele en las sienes paños de agua fría, y se consiguió con ello, al rato, que recobrara un tanto el sentido; pero interrogado sobre el suceso, sólo pudo decir, y esto con toda la apariencia de un delirio febril:

—¡De cascabel... grande... en la pierna... grandota... grandota!...

Estaban bien marcadas las señales de la herida;

el crótalo había hundido con rabia sus colmillos afilados en la pantorrilla del joven, que parecía moribundo. Su rostro, hinchadísimo, estaba cárdeno, casi negro; de cuando en cuando, los párpados abultados se levantaban con gran esfuerzo y miraba sin lograr distinguir los objetos ni las personas. Dolores horribles en la herida le arrancaban ayes que con dificultad pasaban por la garganta contraída.

La fiebre, cada vez más intensa, engendró el delirio; un delirio atroz, continuo y doloroso, poblado de escenas horripilantes, de persecuciones, de venganzas, de degüellos crueles y de mutilaciones feroces.

El pardo viejo fué al campo y regresó pronto trayendo hojas de guaco y yerba de la víbora, lo que bien machacado y mezclado con sebo de riñonada, aplicó en la herida, en forma de cataplasma, garantiendo,—con el testimonio de varios difuntos,—la eficacia del antídoto.

Pasaron las horas, llegó la noche, y el mozo seguía cada vez peor. Don Marcial le dió a beber unos sorbos de caña con raíz de cipó-miló,—medicamento considerado infalible contra las ponzoñas,—y le puso en la herida paños humedecidos en la misma infusión; pero, el mal estaba adelantado, el veneno roía vorazmente el organismo y todo era inútil para arrancarlo a las garras de la muerte. El rostro disforme, monstruoso, se manchaba de rato en rato con la sangre negra que brotaba de las narices.

Pasóse la noche en horrible expectativa, sin que

nadie durmiera. Tomando mate amargo, fumando tabaco negro y comiendo churrascos flacos, los hombres habían dejado transcurrir las horas largas y tristes, comentando el accidente, haciendo pronósticos y proponiendo remedios.

Cuando alumbró el nuevo día, la consternación fué mucho mayor. El enfermo se agravaba; todo el cuerpo, y especialmente las manos y los pies, estaban disformes; la cara, la cabeza y el cuello eran más de monstruo que de ser humano: parecía que le hubieran soplado con un fuelle, distendiéndolo cuanto diera la elasticidad de la piel. No se veían los ojos; la nariz se confundía con las mejillas, y los labios semejaban enorme jeta de negro africano. Un sudor viscoso humedecía la faz rubicunda. Manchas negras cubrían el tronco y las extremidades; y todo él ardía, devorado por la fiebre.

El pardo Luis tragaba el mate amargo a grandes sorbos, pasando desesperada revista a los recuerdos de sus muchos años, en busca de una medicina que en determinado caso hubiera sido empleada con éxito. En las picadas de víbora que él había visto—¡y había visto bastantes!—se había aplicado... ¿qué diablos podía aplicarle a Juan, que no se lo hubiera aplicado ya?... Desde el apósito de ''infundia'' de lagarto, hasta la última yerba de los bañados, habíalo él prescripto y propinado, apoyando su terapéutica con el testimonio del individuo tal, de tal parte, curado de tal modo, en tal época, por tal persona. Al fin, agobiado por la pena que le causaba la desgracia de

Juan, y la desilusión de su sabiduría médica, su espíritu se concentraba en el mate que oprimía entre sus dedos gruesos, nudosos, ásperos y oscuros—de un oscuro de bronce viejo,—y de rato en rato, meneando la cabeza y escupiendo sobre las brasas, decía con angustia:

—¡Cómo a'e sé!... ¡Tuito emo'e morí, a cabo!... ¡Cómo a'e sé!...

Carmelo Sosa, el capitán Carmelo Sosa, no había abierto la boca para nada, ni había intentado hacer nada; porque él, en primer lugar, no sabía hacer sino aquello que le ordenara su jefe. No habiéndole dado orden alguna, él pitaba, escupía por el colmillo y hacía marcas en el suelo con el dedo: tres cosas para las cuales no pedía nunca permiso.

Gutiérrez, en cambio, estaba desesperado, siendo, como era, casi hermano del enfermo, y creyéndose culpable por no haber impedido la catástrofe. Le parecía que estando él allí, las cosas no hubieran debido pasar de aquel modo, y con la rabia con que lanceaba un enemigo en un "entrevero" peligroso, mesábase los cabellos, unos cabellos rubios y ensortijados que le bajaban hasta los hombros, y a cada instante exclamaba colérico:

—¡Malaya!... ¡malaya!...

Don Marcial era el único que se conservaba sereno. Pasada la primera impresión, seguro del final doloroso e inevitable, había recobrado la sangre fría y la conformidad estoica de los varones fuertes, crecidos en la lucha, llegados a hombres con un rudo aprendizaje de trabajos y fatigas, y

descendidos a la edad provecta sin abandonar el puesto de combate y sin ver disminuídas las contrariedades ni aumentada la dicha.

Sentado en un tronco de guayabo con la caldera entre las piernas y el mate en la mano, esperó tranquilamente que su ex asistente le trajera y le ensillara su caballo, según se lo había ordenado; y cuando le avisaron que ya estaba pronto, salió, recomendando el enfermo a sus dos oficiales, sin decir una palabra más ni demostrar apuro.

Dos horas después regresó,—sudoroso el cabello y empolvado el traje,—seguido de un pardo viejo y harapiento, de luenga cabellera crespa, rostro rugoso, ojos opacos, boca sin dientes y abundosa barba cana.

Era el *tío Luis,* curandero de fama, no tanto por sus vastos conocimientos de herborista, que le habían familiarizado con cuanta yerba y cuanto "yuyo" existe en tierra uruguaya, sino por su sabiduría y raro don para *vencer.* Cuando los medicamentos silvestres no daban resultado; cuando las infusiones y las cataplasmas no surtían efecto; cuando la ciencia de los doctores se reconocía impotente, entonces íbase en busca del pardo Luis, como se va en busca de la Providencia, de lo sobrenatural y del milagro. Perdida toda esperanza en los medios materiales, corríase aún en busca de la salvación no probable, pero posible, mediante la intervención del misterio, mediante la buena voluntad de un poseído que cura en nombre de Dios, por favor de Dios, como las aguas de Lourdes curan las dolencias de los fanáticos cristianos. No

eran para contarse las maravillas que había hecho el viejo curandero mediante el poder de su oscura ciencia nigromántica. Más de una vez había llegado al lecho de un casi cadáver unido al mundo de los vivos por hilo casi impalpable, por llama casi invisible, y él había hecho del hilo una maroma y había soplado la llama convirtiéndola en resplandor de vida.

¿Cómo?...

¡Misterio!...

Al acercarse al lecho donde reposaba Juan, no pudo contener una expresión de disgusto.

—Ya e un poco tarde,—dijo;—pero con e favó'e Dios hemos'e hacé ago.

El enfermo se agitaba en medio de atroces padecimientos. Un temblor nervioso lo sacudía sin cesar, y a las náuseas y los vómitos continuados se unían los repetidos calambres que amenazaban romper las fibras musculares de los miembros.

Sin embargo el extraño médico no se desmoralizó. Con su mano negra y callosa oprimió la frente del mozo, le hizo varias cruces, en la boca, en la cabeza, en el pecho; y luego, pidiendo un vaso, salió de la covacha solicitando que le dejaran solo.

Llenó de agua el vaso, y sacando de la cintura su cuchillo, trazó en el suelo un sello de Salomón; después, con la punta de la hoja acerada, recogió una pequeña porción de tierra de cada sección de círculo, y las fué echando en el vaso. En seguida, con ademanes de sacerdote mago, misteriosos, solemnes, incomprensibles, levantó el vaso a la manera de un cáliz, murmurando una oración ininte-

ligible. Miró el sol, dió dos o tres vueltas, se arrodilló, pronunció otra oración extraña, y santiguándose con el vaso, fuése a la cama del paciente. Una vez allí, hincó una rodilla en tierra, levantó con la mano izquierda la cabeza de Juan, y mientras con la derecha le hacía beber el líquido, pronunció cuatro palabras cabalísticas, cuatro vocablos oscuros e incomprensibles, que los asistentes no intentaron descifrar.

Luego arrojó al suelo el vaso vacío. En seguida comenzó a recoger los pedazos. Durante esta operación el rostro del viejo estaba ceñudo y sombrío; sus conjuntivas mostrábanse más rojas que de costumbre; las numerosas arrugas de la frente se marcaron más hondas, y sus largos dedos nudosos palpaban el pavimento en busca de los fragmentos de vidrio. Cerciorado de que los tenía todos en la mano, se puso a contarlos, uno por uno, con gran cuidado, demostrando que atribuía suma importancia a la exactitud de la cuenta. Don Marcial y sus tres amigos rodeaban al curandero, lo oprimían, lo observaban, lo interrogaban ansiosamente con las miradas afligidas que traducían con fidelidad la angustia de sus almas sencillas y afectuosas. Seguían con prolija atención todos los movimientos del sabio, pareciéndoles,—en la tribulación de sus penas,—que se les escapaba una esperanza al perder un detalle. El tío Luis no era fuerte en aritmética: contaba despacio y mal, equivocándose a menudo; lo cual mortificaba a los espectadores de la escena, y le irritaba a él mismo, que debía volver a comenzar a cada instante. Ora

porque al ir a coger un trozo de vidrio se olvidaba de lo que llevaba contado, ora porque al pasarlos de una mano a otra se le escapaba más de uno, ello es que la cuenta se hacía interminable. Gutiérrez, que era quien más anheloso se mostraba, intentó varias veces llevar la suma, salvando los errores del viejo; pero éste se amoscaba, echándole la culpa de la equivocación; tornaba a empezar, en medio del silencio que hacíase triste, misterioso, cruel, en la pequeña pieza casi a oscuras, entre aquellas cuatro paredes negras de las cuales brotaba aún penetrante el olor de la tierra fresca y se mezclaba al olor del chalchal verde y al hedor de las "bajeras" y "caronas" pasadas de sudor. Por fin concluyó el pardo la cuenta, y sea por haber vencido la dificultad aritmética, sea porque le agradara el número obtenido, su rostro se iluminó, se despejó su frente, e irguiéndose cuanto se lo permitía el fardo de sus muchos años, exclamó gozoso: "¡Onse!... To ta güeno, po qu'e none"... Después se acercó otra vez al enfermo; púsole sobre el pecho las dos manos cerradas conteniendo los vidrios, y con el tono del niño que recita una fábula, pronunció en portugués chapurreado la extraña oración que,—arreglada,—damos en seguida:—"Juan Martínez, hijo mío, yo te bendigo en nombre de Dios, por orden de Dios y por el poder que me ha dado Dios; y con ese poder ordeno una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, nueve veces, diez veces, once veces, que el veneno de la víbora que te ha picado, salga de

tu cuerpo, gota a gota, y deje limpia tu sangre y se hunda en la tierra negra, en la tierra fea, en la tierra fétida donde moran los animales malditos: los asquerosos reptiles, los sapos inmundos y los repugnantes escarabajos; y cuando estés curado por este grande favor de Dios Todopoderoso, no te olvides de dar una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco veces, seis veces, siete veces, ocho veces, nueve veces, diez veces, once veces las gracias al Dios grande y justo, remunerador de los buenos''.

Cuando hubo concluído, y como nadie se atreviera a romper el silencio que reinaba en la pieza, sonriendo con orgullosa satisfacción, y guiñando ora uno, ora otro de sus ojillos turbios,

—E veleno era juete,—dijo;—'e bíbora'e la cruz bieja; pelo la vencelura ha sido güena tamién; ¡nu'ay piligro!...

Luego, dirigiéndose al patrón,

—Vamo a ve esa *cachacha*, don Marciá...

. . . .

. . . .

Quince días más tarde, don Marcial carneaba dos vaquillonas con cuero. En medio del paisanaje alegre y decidor, el viejo curandero se paseaba como un sacerdote misterioso y solemne. Todos se afanaban por servirle, y, más especialmente que ninguno, Juan; quien, aunque pálido y demacrado, había recobrado el buen humor y el apetito y hablaba de volver pronto al bañado a continuar la interrumpida labor.

LA TRENZA

LA TRENZA

Sobre la loma, el pequeño escuadrón estaba tendido en batalla. Amanecía recién, y la semi claridad del alba iluminaba los rostros color bronce de los soldados criollos, sus largas melenas negras y rígidas, y sus trajes extraños: chiripaes desgarrados por la uña de *ñapindá*, sombreros deformados por la lluvia y descoloridos por el sol ardiente de las cuchillas; una que otra camisa de lienzo, una que otra camiseta de merino; mucha bota de potro, mucho pie desnudo; alguna bombacha, alguna casaquilla con vivos azules. En cuanto a armamento, unas pocas, muy pocas, pistolas antiguas, y luego, la lanza tradicional, la caña de tacuara y la moharra de hoja de tijera de esquilar.

Los caballos, impacientes, tascaban el freno, golpeaban la tierra húmeda con sus cascos pequeños y resistentes, y ansiaban partir, sintiendo oprimidos sus flancos por la recia pantorrilla calzada con bota de potro,—la recia pantorrilla que de tiempo en tiempo era recorrida por un estremecimiento nervioso, produciendo un imponente runrún al agitar la gran rodaja de la espuela domadora.—Nadie hablaba. Los musculosos brazos velludos se contraían sosteniendo en posición horizontal la lanza que los dedos oprimían con fuerza

Aquellos hombres incansables, engendrados en el fragor de la lucha, nacidos guerreros desde el vientre de la china marimacho, avezados al peligro que amaban como elemento indispensable a su vida aventurera, estaban pálidos, el entrecejo fruncido, la mirada brillante, el labio trémulo. En la antecámara de la eternidad, no sintiendo aún la efervescencia del combate, la tensión especial de las células nerviosas en los momentos de entusiasmo, experimentaban algo así como el frío del miedo recorriendo su cuerpo. Por eso la recia pantorrilla se estremecía de tiempo en tiempo produciendo un imponente runrún al agitar la gran rodaja de la espuela nazarena.

Al frente de la fuerza, el jefe,—un gran indio de crin larga, ruda y lacia, sujeta por la vincha, de rostro cobrizo, flaco, con grandes pómulos y mentón cuadrado, donde lucía escasa y rígida barba, de ojos muy chicos, muy hundidos y muy negros,—paseaba la mirada dura, examinando su gente y balanceando nerviosamente su brazo hercúleo y su robusta mano armada de larga lanza con doble media luna, recia moharra y vistosa banderola azul y blanca. La gran ala del gacho verdinegro caía sobre su frente, resaltando sobre el castor descolorido la blanca divisa con un lema injurioso bordado en letras de oro.

Pasada la revista en silencio, el indio hizo caracolear su moro, enristró la lanza, y con voz ruda y vibrante dió la siguiente voz de mando:

—¡Aura, muchachos!

El escuadrón partió a escape. Algo semejante a

un huracán pasó por el llano: el estrépito infernal, el griterío salvaje de las indomables caballerías gauchas, cuyas picas habían hecho detener a dos reinos y un imperio. Vióse un instante un torbellino de polvo, del cual brotaba una baraúnda infernal: choques de sables, ruido de espuelas y alaridos salvajes. Después, sólo un momento, se divisó en la loma la avalancha iracunda, en filas bien cerradas, el caballo a escape, la lanza en ristre y el sombrero flotando sobre la espalda, sujeto al cuello por el barboquejo. Así ganaron el declive, y más veloces, más siniestros, cayeron, como tropa de fieras, sobre la infantería enemiga, que, de pie, el arma pronta, esperó el choque severa y silenciosa.

Los infantes eran el arrecife, los gauchos la ola: el mar y la tierra iban a librar batalla.

Al frente de la caballería, tendido sobre el moro y semejante a la figura de un cazador salvaje brotado de un bajo relieve de bronce, el indio jefe fué el primero en llegar y el primero en tender el brazo nervudo, hundir la lanza y salpicarse el rostro con la sangre tibia que manaba de la ancha herida abierta por su arma espantosa.

Aunque muchos habían caído bajo la primera descarga de la infantería, los otros luchaban con desesperado valor. Los infantes eran el arrecife, los gauchos la ola: la ola pasó sobre el escollo...

¡Eran valientes aquellos infantes!...

Pero, ¡ay! cuando el brucón hincha sus quijadas y lanza su resoplido feroz, los guayabos más altos y las talas más gruesas inclinan sus cabezas

melcnudas. Nada resiste a la falange gaucha, nada detiene a ese río desbordado. Jinetes de hierro sobre corceles de acero, pasaron sobre el cuadro abatiendo la selva de bayonetas. Pero no pudo sostenerse: hubo de retroceder; y al tentar la retirada, el escuadrón se vió rodeado por una fuerza de caballería que le ganaba la retaguardia. Sintiéronse perdidos y esperaron la muerte, el exterminio completo, sin misericordia, sin perdón, como era ley entonces, empapándose en sangre, extasiándose en los cuadros de agonía sin oir lamentos, sin atender súplicas!...

Ya todo iba a concluir; ya los gauchos disponíanse a morir entre el fuego y el hierro, disputando su cuello al cuchillo, cuando algo como un fantasma apareció en la escena. El indio jefe, perdido un instante en aquel vórtice espantoso, revolviéndose como monstruo de cien brazos, invulnerable, inaccesible a la muerte y al cansancio, mostróse de nuevo al frente de su fuerza, y, echando espumarajos por la boca, levantada en alto la mano armada con un resto de lanza,

—¡Coraje, maulas!—les gritó.

Los infantes vieron agitarse ante ellos un torrente irresistible, a cuyo frente volaba un ser monstruoso, mezcla de hombre y fiera, con una cabellera como crin de caballo bravío y algo así como un rostro humano, rojo en sangre y cruzado por una cuchillada feroz.

Sintióse una descarga de fusilería, una nube de humo envolvió a los gauchos, y cuando el estruendo se apagó y se disipó la nube, ya el escuadrón

había roto el cuadro y salvado la barrera. La mitad cayó: la otra mitad huyó a toda brida.

Delante, el llano extenso, la dilatada planicie se prolongaba sin quebradas salvadoras, sin montes cercanos. La res había burlado la celada; pero la jauría la seguía de cerca. El exterminio, la venganza inclemente, soplaba ya en sus espaldas como un viento gélido, y la noche, el único amparo posible, tardaba en llegar: en el cielo azul, el sol, muy alto todavía, brillaba como pupila de fuego.

Ya los perseguidores mejor montados se acercaban a los fugitivos; ya los brazos blandían las lanzas para herir por detrás, golpe tras golpe, como jaguareté en majada que huye, cuando el indio, acosado por la sed de sangre, presa de la locura homicida, despierto su instinto de charrúa indomable, cansado y avergonzado de huir, se apartó de la columna, sofrenó su caballo y dió frente al enemigo.

Los perseguidores apuraron la marcha al ver al temible y audaz caudillejo que los retaba a un duelo a muerte. Un oficial joven, un mocito rubio y endeble fué el primero que llegó y obtuvo el honor de cruzar su arma con el indio que lo esperaba sonriendo. Fué cuestión de un momento: el joven cayó en tierra atravesado de un lanzazo. En seguida un grupo de lanceros rodeó al gaucho embistiéndolo por todas partes, amenazándolo por todos lados; y él, sublime a pesar de su fealdad espantosa,—por esa fealdad misma, quizá;—con un ojo cerrado por la inflamación y los coágulos

de sangre, esquivaba los golpes, hería a destajo, y semejaba, ya un cíclope de la leyenda mitológica, ya un ser apocalíptico, fuerte como Anteo, invulnerable como Aquiles, sin que le alcanzaran las balas que le disparaban a boca de jarro, ni las hojas de las lanzas que revoloteaban a su alrededor como insectos brillantes.

Pero al fin, acosado por el número, no sabiendo a quién atender, se movió desesperado, perdió la guardia, y una reluciente moharra entró desgarrándole el pecho. Entonces, furioso, terrible, como si la herida acrecentara sus fuerzas, hizo remolinear el chuzo, se abalanzó sobre el grupo de jinetes, que retrocedieron espantados, y aprovechando su confusión, dió media vuelta y se lanzó a escape por el llano, golpeándose la boca y dejando flotar sobre la espalda el sombrero, en cuya copa lucía la divisa blanca ornada con un lema sangriento.

El indio indomable, el heredero del charrúa, cuya sangre llevaba mezclada con la del tupamaro de fresco renombre, huía ahora, huía sin descanso. Agotadas las fuerzas, sintióse perdido y pidió a su moro un último servicio para escapar al cuchillo que deshonra. ¿Ser degollado él?... ¡La puta que los parió!...

Siempre a galope, con la mano izquierda apoyada sobre el pecho para evitar la hemorragia, solo, extraviado de sus compañeros, marchaba por el llano, el extenso llano verde, cuajado de margaritas, de marcelas, de macachines y de otras muchas florecitas hermosas y humildes, nacidas en la tie-

rra gorda al beso fecundante del sol de primavera. Tenía el entrecejo fruncido, y con la dura mirada de su ojo único investigaba el horizonte. No profería una queja, no lanzaba un ¡ay!, y cuando las vísceras destrozadas le hacían experimentar un dolor demasiado intenso, sus gruesos labios negruzcos, deformados por la cuchillada del rostro, se despegaban para articular una blasfemia, siniestra y bronca como rugido de puma agonizante.

El enemigo había quedado lejos; podía moderar la marcha, detenerse un instante para tomar aliento y refrescar el caballo; pero firme, imperturbable, y como si obedeciera a una determinación tomada de antemano, continuó al galope, al sereno galope de su moro infatigable.

Así anduvo largas horas, y ya llegaba la tarde, ya se divisaba a lo lejos, cortando el horizonte siempre azul, la línea negra del monte salvador;—el monte, la madre cariñosa del gaucho vagabundo; el bosque que el indio ansiaba para ocultarse entre sarandíes y totoras y morir allí, como jaguar herido, al borde del arroyo, en el silencio inmenso de la selva y a la sombra protectora del frondoso guaviyú. Pero sus fuerzas se debilitaban por momentos y la vida íbase escapando poco a poco por la negra boca de la herida.

Había llegado a un llano,—un estrecho valle que se prestaba dignamente para servir de tumba a aquel gigante, y estuvo a punto de dejarse caer. Pero, sea por instinto de escapar aún, sea por un sentimiento de orgullo de morir en la altura para que sus huesos fueran lavados por la lluvia y

blanqueados por el sol, hizo un esfuerzo supremo, sostuvo entre sus rodillas al bruto bamboleante, y anduvo todavía. Cruzó el llano, al paso, lentamente, y ganó la cuchilla. Allí soltó las riendas, dejó caer la lanza y se deslizó hasta el suelo, sosteniéndose de la crin para que la caída fuese menos brusca.

Ya en tierra, el indio dobló la cabeza, y entreabriendo los ojos en una postrera mirada para abarcar el campo inmenso, triste y solemne en las agonías de la tarde, vió una cosa negra manchada de sangre apareciendo por la rasgadura que la lanza produjo en la camisa al destrozarle el pecho. Hizo un esfuerzo supremo, espantó la muerte por un momento, extendió el brazo y sacó aquel despojo sangriento. Era la trenza que, en el momento de partir, le había dado la china para llevarla como amoroso recuerdo y precioso amuleto. Volvió a recoger el brazo, posó sus labios moribundos en el cabello ensangrentado; y al mismo tiempo que depositaba en él un beso frío, una lágrima, acaso la primera, rodó por su mejilla bronceada; y murmurando:

—¡Pobre china!—se acostó para siempre sobre la grama verde y blanda de aquella loma desierta.

EN FAMILIA

EN FAMILIA

I

Casiano era alto, exageradamente alto; y era sobrada y uniformemente grueso; la cabeza, el cuello, el tórax, los flancos, las caderas, las piernas: todo parejo, con límites señalados por ranuras apenas visibles. Un tronco de viraró serruchado de abajo arriba, bien por el medio, hasta cierta altura, a fin de formar las piernas, tan próximas que al caminar rozaban la una con la otra desde el muslo hasta el tobillo. ¡Así gastaba de bombachas usadas en la entrepierna y de botas de cuero rojo, agujereadas en la caña!... Su cuerpo era un tronco de viraró, pero de viraró muy viejo, de los que habían conocido a Artigas, uno de aquellos como no se hallaban en las inmediaciones, en los montes de Cololó, Vera, Perico Flaco o Bequeló; al norte, en el Río Negro, en la barra del Arroyo Grande, bien adentro en el secreto de los potriles, puede ser que se encontrara un ejemplar adecuado; pero probablemente habría que navegar río abajo, río abajo, e ir a buscarlo entre las greñas del Uruguay.

En oposición, su mujer, Asunción,—Sunsión en

el pronunciar del pago,—era,—siempre en el caló nativo,—flaca, más flaca que mancarrón con "haba". El cuello de garza salía de la bata de zaraza a la manera del pescuezo de una muñeca de cera, y sostenía una cabeza eternamente desgreñada y una cara escuálida, salida de pómulos, hundida de ojos, con nariz demasiado larga y boca demasiado grande: fina y corva la nariz como pico de rapaz; delgados los labios, blancos y fuertes los dientes, duro y marcado el mentón. Luego un cuerpo pequeño, mezquino en carnes y rico en flexibilidades de criolla comadrona: todo un cuerpo de gallina inglesa, gritona, inquieta y pendenciera.

Casiano, correntino de raza, hablaba poco, sin prisa y cantando las palabras con el dejo nativo.

Asunción estaba armada de una vocecilla aguda, aflautada, hiriente como el cantar de la cigarra. Y al igual de la cigarra que revienta cantando, después de cinco o seis horas de trinos, ella no reventaba, pero suspendía su charla rápida, silbada, improvisada, sólo cuando las cuerdas vocales no daban más; materialmente, cuando reventaba; porque motivos de conversación no le faltaban a ella, y cuando llegaban a faltarle, todavía tenía para tiempo vomitando refranes y escupiendo palabrotas.

El correntino era bueno, sosegado, calmoso, trabajador, limpio en el vestir y parco en el hablar: no parecía correntino.

La criolla era chillona como un grillo, haragana como petiso de muchacho, pendenciera como cuzco

y sucia como "bajera": no podía ocultar que era criolla.

Era un contrasentido aquella pareja.

Si se hubiesen observado sus cualidades una a una y disecado sus idiosincrasias fibra a fibra, se habría hallado que discrepaban de cualidad a cualidad, encontrándose también diferencias de fibra a fibra. Sólo en una afición concordaban: en la de beber caña. Pero, bebida ésta, la desemejanza tornaba a mostrarse en los efectos que en sus respectivos organismos producía el alcohol: diferencia fisiológica, diferencia psíquica. En Casiano el licor obraba como anestésico para sus órganos, como analgésico para sus dolores; y en Asunción, por el contrario, excitaba el desordenado galope de las pasiones y exacerbaba las contrariedades o sufrimientos. El macho, fuerte, robusto, seguro de sus músculos, sentía el gozo correr con la enorme masa sanguínea que regaba su corpachón de toro, y la bondad le retozaba, le salía afuera en forma de risotadas y palabras buenas y frases llenas de una sinceridad encantadora.

Y a ella se le iba subiendo la caña a la cabeza al mismo tiempo que se le iba bajando por el cuerpo la hiel diluída en tres o cuatro calderadas de mate amargo; menjurje extraño que, como el agua acidulada sobre los nervios de la rana, tenía el poder de excitar los suyos,—superexcitar,—hasta presentarla de una irascibilidad insoportable.

Era un contrasentido aquella pareja.

Y sin embargo, vivían relativamente bien. A veces, cuando los nervios de Asunción estaban

cargados en demasía; cuando su lengua iba más allá de lo humana y razonablemente soportable, el gigantón correntino solía esconder los ojos entre el yuyal de cejas en un fruncimiento de ceño, y levantando su mano,—más pesada que la *mano* de coronilla de pisar mazamorra en el mortero,—la dejaba caer sobre el cuerpo de la china, que salía "lomiándose", buscando a Lucio, el hijo mayor, el favorito del padre, sobre quien descargaba su rabia. Lucio, por su parte, trasmitía a su hermana Cleta, tan pronto como lograba escapar de las garras de la madre, y con cualquier pretexto, la paliza recibida. Y la distribución de penas devolvía la calma y hasta la alegría al hogar.

Llevaban seis años de casados.

Casiano era puestero con majada en sociedad, su ganadito tambero y su tropillita de andar; boca más, boca menos, no le preocupaba, y por eso no puso obstáculo en que su suegra, la vieja Remedios, y su cuñada, la chinita Rosa, fueran a vivir con ellos.

Al año, Casiano hablaba de echar campo afuera a Rosa, una chicuela insolente y deslavada, una perra encelada que atraía al rancho a toda la mozada del pago; pero no tuvo tiempo, porque ella se alzó con un rubio guitarrero, sargento en la policía de la sección.

A los dos años, la vieja Remedios comenzó a hacerse insoportable. Su misión en la casa era preparar la comida, lavar los platos y vigilar a Lucio, quien pasaba el día en medio del patio, sobre un cuero de ternera, sin más ropa que una

camisita agujereada. En las ausencias de Casiano, su suegra aprovechaba la cruzada de un buhonero o del muchacho de la pulpería, para trocar algunos cueros de oveja por la limeta de caña. Y más de una vez, al regresar el amo, encontró a la esposa y a la suegra borrachas como cubas, ostentando en el rostro con frecuencia la señal de las uñas de la reciente gresca.

Por ese entonces dió en visitar la casa un tal Salustiano Sandes, un indio puestero del inglés don Jaime Smith, en Vera. Casiano lo miraba con malos ojos, pero no dijo nada. Sin embargo, cuando nació Cleta, una criaturita flaca y raquítica, se le puso que la tal se asemejaba al indio Salustiano; y aunque guardó silencio, espantó al visitante y echó del rancho a la vieja, que se fué al pueblo, de "piona", a estar a su dicho; y en oficio más lucrativo, aunque menos digno. a creer las voces que corrían y lo que Casiano opinaba.

II

La casa quedó peor,—porque Asunción era el prototipo de la haraganería,—pero el puestero quedó más a gusto: quedó como cuando, después de trotar varias horas al sol, en verano, se quitaba las botas y se ponía las alpargatas viejas, endurecidas con el barro.

Y no es que fuera celoso.

Bastantes veces,—riendo con aquella gran risa suya que le hacía saltar el abdomen y bailar la espesísima barba, como cañaveral soplado por el

pampero,—contó o comentó la reciente aventura de Pancho Marín, el pardo estúpido del puesto de la Cañada.

Era una aventura curiosa y muy festejada en el pago, la de Pancho Marín.

Casado con la china Bonifacia, una de las más ladinas de la comarca,—por demasiado ladina le fueron *abriendo el caballo* los mozos del pago,—sucedió lo que forzosamente debía suceder, siendo ella querendona en demasía y él tonto por demás.

He aquí la historia:

En la mañana de un sábado, Bonifacia ensilló su malacara lunanco y salió como de costumbre a llevar la ropa lavada y planchada a los peones de la estancia. En el camino encontró a uno de éstos, Bernardo Romero, mocetón robusto, de complexión sanguínea y en cuyo rostro rubicundo señoreábase el sensualismo. Se acercó receloso como fiera que se lame el bigote a la vista de la presa; se le aparejó, le ganó el lado de montar, y mientras tranqueaban, le habló de historias viejas, de semi requiebros, de cuasi promesas. Marchaban despacio por la loma chilcosa, hablando bajito, sin mirarse: ella, entre satisfecha y huraña; él, confuso, ahogado por el deseo, poniéndose escarlata y escupiendo pegajoso cada vez que su rodilla rozaba la pierna musculosa de la china.

La cuchilla era extensa; tardaron en trasponerla y se acercaba el mediodía cuando llegaron al bajo El sol ardía dorando las gramillas; la atmósfera estaba como polvo caliente; los caballos avanzaban al tranco, con el pescuezo estirado, las ore-

jas gachas y en continuo plumereo la cola, espantando tábanos y jejenes.

—¿Querés apiarte?...

—Güeno.

Él bajó de un salto y acollaró los caballos con las riendas; después la bajó a ella, cargada, apretándola mucho con sus rudos brazos de domador. El atado de ropas cayó al suelo, se deshizo y sembró las piezas blancas, asustando al malacara lunanco de Bonifacia... El valle era hondo; la chilca alta y espesa, y abajo, en el piso, la gramilla crecía en tapiz blando y perfumado; perfumado con el olor de la tierra gorda y fecunda, con el olor fuerte de la vida, de la proliferación, de la savia ardiente y pura que el sol de primavera hacía correr en borbotones...

Marín esperó inútilmente toda esa tarde el regreso de su mujer para que asase el medio costillar de carnero; y, ya entrada la noche, se acostó con la barriga llena de agua, habiendo inutilizado dos cebaduras de yerba y engullido dos espigas de maíz asado. Durante dos meses estuvo esperando el regreso de su esposa, cuyo paradero ignoraba.

Quizá en el interior llevara oculta una pena, o por lo menos sintiera el escozor del amor propio herido; pero su rostro de bruto no traslucía absolutamente nada. Conservaba el mismo apetito, dormía sin sobresaltos ni pesadillas y estaba siempre dispuesto a tragarse tres o cuatro litros de agua en forma de mate amargo. Lo que sí, andaba más puerco que de costumbre: durante los dos meses de que hablamos no se mudó ni la camisa

ni los calzoncillos. Calcetines, felizmente, no usaba: la pata con la costra de mugre y el zueco descalzo, a la brasileña, como brasileño que era. Si alguna vez debía hacer referencia a Bonifacia, decía:

—*A mulher que eu tive.*

Y si alguno, entre chacota y verdad, le preguntaba cómo habían pasado las cosas, él contaba todo, del principio al fin, sin omitir los detalles que había ido adquiriendo; y concluía infaliblemente con un

—*¡A culpa não foi minha!...*

Ya estaba acostumbrándose a la vida solitaria en su rancho pobre, semejante a basurero de estancia y hediondo como nido de carancho, cuando una tarde, en momentos en que "verdeaba" sentado sobre la cabeza de vaca, junto a la puerta de la cocina, y cuidaba el churrasco que se tostaba en asador de espinillo, vió sobre la cuchilla un jinete que trotaba en dirección al puesto. No tardó en reconocer el malacara lunanco de Bonifacia, y, poco después, reconoció a ésta.

La china llegó a la enramada.

—Güenas tardes,—dijo.

—Boas tardes,—contestó él sin volver la cabeza, afanado como estaba en dar vuelta al asado, cerrando un ojo para evitar el humo que producía la grasa al caer en gotas sobre las brasas de tala del fogón.

Bonifacia pudo desmontar, desensillar, soltar el malacara, echar la montura en un rincón y acercarse a la cocina sin que su marido levantara la

cabeza. Se dieron la mano sin proferir una palabra; después, ella se sentó, muy tranquila, como si volviera de una visita.

Y quedaron en silencio hasta que Marín, cortando un trozo de carne,

—J'astá,—murmuró; y se puso a comer.

—No tengo cuchillo,—contestó ella.

—Na solera do rancho istá o melhao velho.

Comieron sin hablar una palabra; tomaron el postre de mate, y más tarde, cuando ya estaba oscuro,

—¡Vaite deitar!—exclamó Pancho.

—¿Ya?

—Ja.

—Vamos.

Ni una voz, ni un reproche, ni el eco de una queja salió del rancho pobre, revuelto como basurero y hediondo como nido de carancho.

La vida siguió como antes.

Pelea más, pelea menos, al igual de lo que había acaecido desde el día subsiguiente al del matrimonio; pero sin recriminaciones, sin la menor alusión a la falta cometida, sin el más mínimo reproche por la pena ocasionada.

Transcurrieron varios meses. Bonifacia no había vuelto a ir a la estancia para llevar ropa a los peones, ni Marín había vuelto a encontrar forasteros en su rancho al regresar del campo. La china parecía fatigada, hastiada de amores, y no oía requiebros: los dos meses de desordenado placer le habían dejado una laxitud, un desgano de los

hombres, que la hacían mirar a todos con soberana indiferencia.

Pero existía para Marín otro motivo de pesadumbre. Los compañeros, los peones de la estancia lo volvían loco con los continuos y dolorosos ortigazos de una crítica cruel, con el cauterio de la broma gaucha, que es como golpe de rebenque de domar baguales, como pinchazo de aguijón de nazarena, de esas nazarenas herejes que ostentan siempre, pegados con sangre, pelos de ijar de potro. Si Marín iba a entrar en la cocina:

—"Agachate, Marín, no vas a romper la puerta con los cuernos".

Si en el sudar de una faena llegábanse a un arroyo para aplacar la sed:

—"¡Marín, emprestame tu guampa pa tomar agua!"

Si se tañía la guitarra y se cantaban versos estando Marín presente:

"Si los cuernos retoñaran
como retoña el tomillo,
¡cómo no estaría este mozo,
con más cuernos que un novillo!..."

O la variación:

"Si los cuernos retoñaran
como retoña la albaca,
¡cómo no estaría este mozo,
con más cuernos que una vaca!..."

Y si se hablaba de algún vacuno notable, había de ser: "grande como un rancho y cuernudo como Marín".

Al principio Marín reía, o no decía nada; su cabeza de microcéfalo era incapaz de concebir el honor. Sin embargo, a la larga, aquello fué como el vado de un estero muy ancho, entre la nube de jejenes que pican poquito, pero que concluyen por fastidiar: el indio empezó a calentarse.

Una mañana,—un jueves 15 de julio,—se trabajaba en el *Rodeo Grande*, en un aparte, y el paisanaje se consolaba de la fatiga hiriendo sin piedad al pobre diablo Marín. Éste, que era cobarde por instinto, por compensación a sus débiles medios de defensa, no decía nada, aunque se le conocía que andaba tragando fuego. Quiso su mala suerte que se le cansara el caballo, y hubo de ir a su rancho a mudar. Llegóse allí apesadumbrado; desensilló y fuése en dirección a la cocina para tomar agua. El destino le hizo tropezar en la piedra de afilar. Se lastimó, le dió rabia y sacó el facón con movimiento instintivo; después, notando lo absurdo de su acción, y como por no confesársela ni a sí mismo, se puso a afilar la lámina larga y aguda.

El brillo del acero lo encandiló, lo enloqueció, y él no supo cómo había entrado en la cocina, ni cómo fué que empezó a descargar hachazos sobre su mujer. Ésta gritaba; él no decía nada, pero en cambio hería, hería, sin mirar, a lo bárbaro, descargando el arma con toda la fuerza del músculo, hasta que la víctima logró escapar, huyendo campo afuera. Cuando los vecinos la recogieron estaba hecha una lástima: quince hachazos en el rostro, su belleza perdida como margarita aplastada por

el casco de un potro, y las dos manos inútiles para toda labor.

Marín se presentó al comisario seccional y, seguido el proceso, no alegó nada en su favor, no trató de justificar de ninguna manera su delito, y fué condenado a quince años de presidio. Todavía está en la Penitenciaría de Montevideo.

Tal era la historia de Pancho Marín, una historia estúpida, que hacía reir a todo el vecindario.

Casiano era tal vez quien más reía. ¡Perderse por una mujer!... Él, felizmente, no era nada celoso. Cuando su Sunsión no marchaba bien, le daba unos golpes y un consejo en ancas. Esto del consejo era clásico; se lo había repetido cien veces, y ella lo sabía de memoria:

—"Y no te digo más. El día que no marchés derecho y se me acabe la pasensia, te hago trair el escuro, te lo ensillo, te hasés un atao de tus pilchas y te largo, con eso te vas a ensuciar naguas con los milicos del pueblo, junto a la arrastrada de tu madre".

Y esto lo decía sin enojo, tranquilo, sin alzar el diapasón de su voz gruesa y pausada de correntino legítimo.

No entraba en sus gustos la tragedia.

III

Desde la partida de la vieja Remedios, la casa andaba, en cuanto a limpieza y arreglo, cada día peor.

El pobre rancho de techumbre pajiza ennegre-

cida por el tiempo, y de paredes de terrón carcomidas por las lluvias, iba adquiriendo aspecto de tapera con la proliferación de yuyos que lo circundaban; vigorosa vegetación de gramíneas que, extendiéndose con cautela al ras de la tierra, dominaba casi el que antes fué patio, rodeaba los muros a manera de golilla esmeraldina, y en partes, atrevida, osada, aprovechando una grieta, trepaba por la pared y miraba con envidia la solera donde las golondrinas hacen sus nidos y dejan sus piojos. Cuando soplaba viento no podía soportarse en el rancho el olor que traía del basurero inmediato, donde se pudrían las sobras de carne, los residuos de la comida y los pedazos de guasca y cuero inservibles. En la boca del barril del agua se veía siempre atravesada una guampa blanca, que antes fué limpia y hasta bella, pero que ahora despedía un olor desagradable, catingudo, casi repugnante. La cocina era una troja casi sin techo, con mechones de paja retinta y paredes de palo-a-pique con aberturas a los cuatro vientos. El agua entraba allí sin dificultades, apagando a veces el fogón que ardía en mitad de la pieza, y lavando otras la olla de hierro, la sartén, el asador, la guampa con la sal y el tarro con los "chicharrones", las dos fuentes de latón, los cinco platos de idéntico metal y unos pocos cubiertos diferentes; todo lo cual constituía la vajilla de la casa, cucharón más, espumadera menos. No menciono la "pava" y el mate, porque no puede concebirse rancho sin tales prendas. Enfrente de la cocina, a unos quince metros próximamente, estaba la puer-

ta de la casa; una puerta bajita, de dos hojas, una arriba y otra abajo, que no juntaban bien, ni entre sí ni con el marco: el viento norte se colaba por las rendijas, en las frías noches de invierno, con entera libertad· Había una sola habitación dividida en dos por una especie de mampara de percal labrado la primera era comedor, sala y cuarto de los pequeños; la segunda, que sólo recibía luz cuando se abría una ventanita sin vidrios que miraba al sud, era el dormitorio del matrimonio. En el comedor veíase una mesa de pino, pequeña, desaseada, con la tabla superior sajada en los ángulos, donde el correntino o su mujer acostumbraban picar el naco. Había dos sillas de madera,—una sin respaldar,—y un escaño largo, que después de comer se arrimaba contra el muro. En un rincón de la pieza estaba un baúl grande y sobre el baúl la silla de montar de Asunción y el recado de Casiano. En las paredes, de un negro intenso, había un clavo del cual pendían el freno con copas muy grandes y "pontezuela" oscilatoria; el bozal, las cabezadas y riendas de plata: las prendas de lujo; y más arriba, hundidos en la paja del techo, la marca y la tijera de esquilar, que más se empleaba en emparejar la crin a los caballos.

Se respiraba siempre una atmósfera impura en aquel cuarto, cuyo pavimento estaba lleno de huesos, costillas de vaca o paletas de carnero. Al olor fuerte de las bajeras impregnadas de sudor, se unía el de las ropas del catre de los muchachos, el de los desperdicios putrefactos llevados por los

perros y el de los perros mismos, que era tufo de zorrillo y hedor de osamenta.

La segunda pieza era casi lo mismo: la otomana pintada de rojo en más y la luz de la otra en menos.

Y el aseo por igual.

Asunción pasaba el día en el arroyo, lavando, o en la cocina tomando mate y charlando con algún peón, más comunmente con algún muchacho de las inmediaciones.

Habiendo mate amargo y teniendo con quién hablar para sacarle el cuero a cuanto individuo, macho o hembra, conocía siquiera fuese de nombre, ya estaba ella a sus anchas; y si lograba algunos tragos de caña, podía contar aquel día entre los mejores de su vida. De los hijos no se preocupaba para nada. Medio desnudo el mayor, desnuda del todo la niña,—una camisa era habitualmente el abrigo,—vírgenes de calzado los pies de entrambos; ella, sin otra cosa en la cabeza que el cabello escaso, muerto en muchos sitios por un arestín persistente, lo que le daba el aspecto de campo invadido por los médanos; él, con un viejo chambergo del padre, sin color, sin forma, sin cinta, con las alas caídas y un gran agujero en la copa, por el cual salía siempre un mechón de crines de reluciente azabache. El varón contaba cuatro años y sabía andar a caballo,—después de alzarlo, naturalmente,—repuntar la majada, echar las lecheras, escupir por el colmillo y largar ajos y cebollas como una persona mayor. A *mama* se los largaba a cada rato; lo que con frecuencia le

valía un arreadorazo, o un moquete, o, con mayor frecuencia, un golpe de zueco en mitad del lomo, atrapado en la huída. No tenía recado aún, pero sí freno, riendas y un cuero de carnero para cojinillo. Juntaba "puchos",—porque fumaba,—y usaba cuchillo en la cintura.

Casiano pasaba todo el día en el campo o en la estancia, no yendo a su rancho sino a la hora del almuerzo o a la siesta subsiguiente, y luego al oscurecer para cenar y acostarse. Y mientras almorzaba el puchero de espinazo, sin verdura,—a veces sin sal,—o comía el asado de costillas o la pierna de carnero, o el guiso con zapallo,—la *carbonada*,—el correntino se sentía feliz, tragando sin pan ni galleta ni "fariña" grandes trozos de carne que masticaba ligero y con gran ruido.

Durante esas horas, la riña con Asunción no se suspendía más que por el tiempo necesario para dar un pescozón a uno de los chicos.

IV

Había entrado el invierno, un invierno crudo de continuas garúas, frías como nieve.

Los charcos y lagunajos blanqueaban desde lejos; los bañados llenábanse de agua; los cañadones desbordaban.

Las pobres gentes del campo habían mojado todos sus trapos, nunca abundantes, sin sol para orearlos, ni mucha leña seca para calentar sus cuerpos ateridos. La eterna contemplación de los días grises avinagraba los ánimos; tanto más, cuan-

to que para ello se unían la holganza, la imposibilidad de distracciones, sobre todo para las mujeres en los ranchos aislados, que no podían salir a paseo, ni esperar visitas. Al cabo de varias semanas de ver los mismos rostros y escuchar las mismas voces, el fastidio llegaba, produciendo la consiguiente irascibilidad.

En Asunción el mal tiempo había obrado poderosamente. Condenada a no hablar sino con su marido, en quien se estrellaba sin eco el oleaje de sus murmuraciones, físicamente incomodada con la escasez de ropas, y contrariada en grado máximo por la carencia de caña, pasaba el día gruñendo, descargando su malhumor sobre las amplias espaldas de su marido.

—"¡Tener una que andar tuito el día chapaliando barro como si juera chancho!—decía con una voz tan chillona que llegaba hasta el monte. —¡Y así anda una hecha una mugre, nada más que pol haragán del correntino, que no había sido capaz de llevar una carrada de piedregullo pal patio! ¡Y eso que la piedra abundaba en el campo lo mesmo que sabandija! ¡Hombre más dejao de la mano de Dios, ni con candil! Dispués, siendo algo pa ella, ¡dejuro, ni esto!..."

Y hacía sonar contra los dientes la uña del pulgar; una uña encanutada, larga y sucia, como de peludo de años.

Estas recriminaciones, estos sangrientos apóstrofes a su marido, eran como un desahogo de su cuerpo pobre, de su alma pequeña. Tenía necesidad de injuriar, de ser feroz, para que no se cre-

vera que admitía superioridades; tenía necesidad de mostrarse mala para con las personas que le eran afectas, a fin de convencerse de que tales afectos existían. Y toda su aspereza de *garçon manqué,* toda su irascibilidad natural mostrábanse de tal modo acrecentadas en virulencia, que el puño formidable del correntino debió funcionar con sobrada frecuencia; y muchas veces en pocas semanas, su voz pausada y cantora debió repetir la consabida advertencia.

Uno de los últimos domingos de julio, había ido Casiano a la pulpería del Sauce,—distante tres leguas,—y regresó tarde, ya cerrada la noche. Se había demorado bebiendo caña, una caña "juertaza, que le había dejao el gañote raspao, la panza como juego y la cabeza pesada, medio ansina como abombao".

Mientras desensillaba trataba de entonar una canción, como si estuviera juntando alegría para oponerla a la granizada de denuestos que le esperaban.

A sus "buenas noches" no contestó la china.

Lo miró de hito en hito, con la pupila luciente y los labios contraídos. Su vasto repertorio de juramentos, su insondable abismo de refranes, se le vino todo junto a la garganta, le ató la lengua y le impidió hablar. Quería lanzárselos todos a la cara, y le sucedió lo que sucede a dos personas que quieren pasar al mismo tiempo por una puerta angosta.

Se fué a la cocina en busca de la comida, y al regresar con la fuente de lata llena de trozos de

espinazo hervido, manchados de amarillo con el zapallo deshecho, ya llevaba estudiado el principio de su discurso:

—¡Como pa dárselo a los perros!—vociferó dejando caer la fuente sobre la mesa;—¡tuito deshecho, lo mesmo que bofes, de recocido!...

Al igual de la novillada que remolinea en la orilla del vado y se va toda en seguimiento del que ha hecho punta, así, una vez lanzada la primera frase, las demás brotaban solas del fondo profundo de la china.

Casiano esperó a que escampara, y mientras ella escupía, él se atrevió a decir con humildad:

—¡Si no está malo el herbido!...

Fué una baza aislada; no pudo meter más, porque su mujer reanudó el discurso y se fué como bagual con lazo.

—Está güeno pa vos,—gritaba;—pa los animales de correntinos como vos, acostumbraos a comer matambre de yegua, y cuartos de capincho y alones de ñandú, y comadrejas, y una sinfinidad d'enmundicias más; pero no pa la gente, ché, pa la gente de'ste pais, que no semos unos arrastraos como ustedes, que vinieron muertos de hambre, de pata en el suelo, cuando los trujo Urquisa, y aquí se quedaron pegaos al pais como garrapata, y pretendiendo hacernos poco caso a los que hemos nacido en esta tierra, que no tiene ni comparancia con el Entre-Ríos de ustedes. ¡Por linda cosa que ha de ser el Entre-Ríos!...

Casiano, muy tranquilo, se había puesto a ser-

vir la comida. Al pasar el plato a su mujer, ésta lo rechazó con furia.

—¡No como porquerías!... ¡todos no tenemos tu estógamo!...

Siempre sucedía lo mismo: Asunción no comía cuando se enojaba con su marido; y como esto ocurría casi a diario, había tomado la costumbre de atracarse mientras cocinaba. De este modo podía hacer rabiar a Casiano sin que sufriera su organismo.

El correntino comía en silencio, mientras su esposa continuaba la filípica.

—¡Que se mate una, que trabaje dende que aclara Dios hasta que escurece, pa que el arrastrao de su hombre se esté "mamando" en la pulpería!...

Casiano protestó:

—No, eso no, porque no he tomao...

—¡Consejos, no has tomao vos!... ¡Como no te se siente el jedor a la caña y como no te se conose en los ojos! ¡Andá a mirarte en el vidrio y verás qué ojitos duros de carnero augao te se han puesto! ¡Andá, andá!...

El correntino comprendió que la discusión sólo podría mantenerse con la suprema elocuencia de sus manazas; y sintiendo la cabeza poco segura, la lengua torpe y los miembros fatigados, optó por callar.

Todavía continuó la china un buen rato su feroz increpación, paseándose por la pieza a grandes pasos agitados. Tenía la cabeza enteramente desgreñada, los ojos inyectados y brillantes, la

faz congestionada, los movimientos bruscos e incesantes como los de un atacado del mal de San Vito. Al fin, viendo que su rencor se estrellaba contra la impasibilidad de buey cansado del correntino, calló y fué a recostarse en el marco de la puerta; los pies en el lodo del umbràl, la mirada perdida en la oscuridad del patio, la actitud resignada y triste de una víctima inocente sacrificada a la saña de un marido brutal.

Éste se atrevió a probar una conciliación.

—¿No comés, china?

—¡No como!...—contestó ella sin volver la cabeza.

Casiano insistió cariñosamente:

—¡Comé, m'hijita!...

—¡Avisá si me vas a hacer comer por juerza!... Se me hace que estás bobo de adeberas...

—Y a mí se me hace que has montao un picazo cumpa, y en pelos.

La broma cayó como pólvora en las brasas; las palabras tornaron a salir en borbotones de aquel cuerpo débil y pequeño; los insultos volvieron a rodar uno tras otro como yeguas corridas a bola, y con una mirada de incalificable desprecio, le vomitó al rostro esta frase:

—¡Andá a lamberte!...

Y tornó a dirigir a la oscuridad del patio su mirada centelleante de chimango enfurecido.

El gigantón cruzó los brazos sobre la mesa, dejó reposar sobre ellos la cabeza, y se dispuso a dormir como lagarto al sol y a roncar como bagual que se ahorca con la soga.

A su derecha, Lucio arrancaba, a diente, las últimas partículas carnosas de una vértebra que sostenía con sus dos manitas amoratadas, hinchadas por los sabañones. A su izquierda, la pequeña Cleta comía una tajada de zapallo, embadurnándose con él su triste carita pustulosa.

Sus charlas incesantes y los gruñidos de *Zorro* y *Barcino,* que dormían debajo de la mesa, a los pies del amo,—soñando quizá con reses bravías o sabandijas ligeras,—eran las únicas voces que se oían en el interior del rancho.

V

Al día siguiente, Casiano fué a la estancia temprano y regresó antes de mediodía, para no volver a salir en toda la tarde.

La garúa continuaba y arreciaba el frío, un frío que hacía soplarse los dedos a los paisanos y decir:

—¡Es yelo que está cayendo!...

Casiano, sentado junto al fogón, sobre un tronco de saúco, estaba alegre aquella tarde, tomando mate y contando cuentos a los muchachos. Había colocado a Cleta sobre sus rodillas y tenía a Lucio al lado, con los codos apoyados en su pierna y la carita en las manos.

Asunción cuidaba el asado, dando vueltas al asador o arreglando las brasas; y como no encontraba motivo de gresca con el marido, peleaba con el fuego:

—¡Pucha, juego emperrao!

Y como el humo la incomodara:

—¡Tamién, milagro había'e ser que no hubieras traído mataojo!

Casiano narraba la *Muerte de don Juan*, último episodio de la larguísima y azarosa vida de este personaje. Los chicos, que en diversas veladas habían oído las otras aventuras, escuchaban con ansiedad el relato de las postreras peripecias del héroe zorruno.

—"Hacía tiempo que don Patricio estaba enemistao con don Juan,—comenzó el narrador,—por causa de una pillería que don Juan le había hecho a don Patricio".

Don Juan era el Zorro; don Patricio, el Carancho.

Partiendo de estos dos personajes principales, el correntino se engolfó en el mar de las aventuras del Zorro; sacó a colación a todos los animales de la fauna nacional, y después de explicar con el sumario de sus aventuras cuál era su situación actual, perseguido con más encarnizamiento que nunca por su tío el Tigre; odiado por su antiguo compañero el Peludo desde la broma de la enlazada del potro; enemistado con la Tortuga por culpa de la volcada de la carreta; mal con todo el mundo; pobre, y a pie, sin un *tordillo* (ñandú), ni un *pangaré* (venado), iba el narrador a entrar de lleno en el último episodio, cuando Asunción lo interrumpió diciéndole:

—Güeno, dejate de rilaciones y sonseras, qu'el asao se está pasando.

—Aquí no más,—propuso Casiano.

Y bien que ella encontrara la idea de su agrado, por no estar una vez de acuerdo, contestó:

—Eso es, ¡a lo chancho!

Y sacando el asador del fuego, lo clavó en la orilla del rescoldo, entre ella y su marido.

Comieron en silencio, a dedo, sin necesidad de plato ni tenedor, mascando con ruido la carne gorda y arrojando a *Zorro* y *Barcino* las costillas bien peladas o el redondel de ''contra el asador'', que tiene mal gusto.

Concluída la cena, comenzó el mate amargo.

—Tata, cuente a *Don Juan,*—pidió Lucio volviendo a ocupar su sitio; y la chiquita, todavía con una costilla en la mano, se arrimó callada.

Hubo que continuar la historia.

—Güeno,—empezó.—''Don Juan había tenido que ganar las bagualas, y' andaba mi pobre, tan pobre que no tenía ni pa los vicios''.

—¿Ni pa pitar?—preguntó Lucio.

—Ni pa pitar,—respondió el padre con convicción; y el chico sonrió con orgullo a la idea de que él nunca había andado tan pobre.

''Ansina iba una mañana por la costa de un arroyo, cuando vido venir a don Patricio, y encomensaron a platicar''.

El gaucho guardó silencio un momento para chupar el cigarro; y notándolo apagado:

—Alcanse un tisón, vieja;—dijo a su mujer.

—¡Pucha el hombre éste si es haragán!—exclamó ella;—¡toca el tisón con la pata y pide que se lo alcanse!

Se lo dió, sin embargo; y' ya encendido el ciga-

rro, Casiano reanudó el hilo de su relato, que se desarrollaba lleno de interés y era escuchado con admiración hasta por la terrible Sunsión.

Don Juan, después de múltiples peripecias, cedía a los ofrecimientos de su amigo, que quería llevarlo al Brasil sobre sus alas: camino seguro, sin peligro de ser sorprendidos por las policías, rápido como ningún otro, y, sobre todo, barato. Una vez pasada la frontera, el matrero se ingeniaría para vivir, y su generoso amigo regresaría a su pago contento con la buena acción llevada a cabo.

Don Juan se subió sobre don Patricio, éste abrió las alas y empezó a ascender, a ascender con creciente velocidad, hasta el punto de que su amigo, alarmado, lo interrogara:

—"¿Para qué tan alto, compadre?"

—"¡Pues pa que no nos haya a bombiar algún polecía y nos menee chumbo!"

La explicación no satisfizo del todo a don Juan; pero guardó silencio, mirando con ojos espantados la enorme distancia que lo separaba de la cuchilla,—distancia que aumentaba por minutos de una manera alarmante. Iba a interrogar otra vez a su peligroso vehículo cuanto generoso amigo, cuando éste, adelantándose a sus propósitos, detuvo el vuelo y hablóle así:

—"¿Se acuerda, amigo don Juan, de la trastada aquélla que me hizo en tal ocasión?"

—"¡No hablemos de eso, amigo!"—se apresuró a decir el otro, disculpándose.

Y así continuaron un rato, el uno acusando, el

otro defendiéndose y calculando que, si el pérfido amigo lo largaba desde allá arriba, al dar en el suelo, su cuerpo iba a hacerse más pedazos que huevo sacudido por coletazo de lagarto.

El auditorio seguía ansioso las peripecias del drama, y cuando Casiano pintó a don Patricio, fiero, iracundo, implacable, haciendo un brusco movimiento y lanzando al vacío a su enemigo para realizar así su cruel venganza, los labios se contrajeron y se dilataron las pupilas en una expresión de horror y angustia, que sólo desapareció con las carcajadas que produjo el último ardid intentado por don Juan. Contaba la tradición,—por boca del correntino,—que cuando el Zorro iba cayendo, vió blanquear en el suelo una enorme piedra. "¡Me destrozo!" se dijo, y empezó a gritar con toda la fuerza de la desesperación:

—"Ladiate piedra, porque si no te parto!"

Como es de suponerse, la piedra permaneció en su sitio y el héroe se destrozó sobre ella, con gran pena de Lucio y Cleta, quienes no perdieron la esperanza de verlo resucitar en otro cuento.

Asunción, que se había interesado hasta el punto de haber dejado enfriar el mate y apagar el pucho, pero que de ninguna manera se avenía a declararlo así, se levantó diciendo con desprecio:

—¡Bay'a!... ¡qué pabada! ¡Y una aquí como una sonsa escuchando con la boca abierta, en la crencia que era algo güeno! ¡Siempre el mesmo este ñandú!...

Después de un corto silencio, agregó:

—¿Vamos pal rancho?

—Vamos.

Y los cuatro salieron juntos, contentos, en una armonía bien poco frecuente.

Ya en el rancho, se acostaron los muchachos y el correntino se sentó en la cama para sacarse las botas. De pronto, Asunción,—que andaba dando vueltas sin objeto por la pieza, — dijo afectando indiferencia:

—Me había olvidao de decirte quién estuvo esta mañana.

—¿Quién?...

—El nación del hijo de don *Esmil.*

—El hijo de don *Esmil* no es nación.

—¿No? ¡pucha!... ¡es más atravesao que tranca'e corral!

—Güeno, ¿y qué andaba haciendo?

—Dice que iba pa lo'e Pintos, a ver una majada que anda por comprar.

Al cabo de unos minutos, Casiano volvió a preguntar:

—¿Bino solo?

—Bino con un pión,—respondió Asunción en voz baja.

—¿Qué pión?...

Ella quedó un rato indecisa, y luego, con rabia, como enojada consigo misma por haber titubeado:

—¡Con Salustiano!—dijo; y se quedó mirando a su hombre cara a cara en fiera actitud de desafío.

Casiano, sentado en el borde de la cama, con la bota que se acababa de quitar en la mano, la observó un instante, alzó el largo brazo y descargó la bota sobre las costillas de la china con cuanta

fuerza tenía, diciéndole irónicamente al mismo tiempo:

—¡Colgá en el clabo!

La pobre mujer se dobló, lanzó un bufido y, cuando pudo hablar, dió rienda suelta a su lengua incansable en insultos de todo género, mientras que su marido se desnudaba con toda calma, se metía en la cama, se abrigaba bien con el poncho de paño echado a manera de cobija, y volvía a encender el pucho para concluirlo antes de dormirse, como era su vieja y arraigada costumbre.

Al rato, entre bostezo y bostezo:

—Sigue la garuga,—dijo.—¡Lindo día nos ba hacer pa la parada de rodeo de mañana!

Asunción, iracunda:—¡Quiera Dios y la Virgen santísima,—vociferó,—que pegués una rodada y te se ponga el mancarrón de poncho y te haga saltar la bosta!...

El correntino rió con socarronería.

VI

Al día siguiente el campo estaba empapado, lo que hacía peligrosísimo trabajar en el rodeo. Sin embargo, era forzoso hacer un aparte, y los peones concurrieron temprano al punto señalado.

Estaba aclarando y los hombres trabajaban recelosos, sacudidos a cada instante por las costaladas y tropezones de sus caballos.

Casiano,—que era un gran trabajador,—iba y venía, bromeando, riendo, presagiando accidentes a los compañeros, y no tardó mucho en ver cum-

plido su pronóstico en quien lo deseaba con fe: Salustiano, el detestado Salustiano, rodó al correr una vaca cerca del rodeo.

Los presentes festejaron la desgracia, y cuando el indio se levantó hosco y provocativo, Casiano lanzó una carcajada, diciéndole luego:

—¡Había sido parador el moso!

Salustiano odiaba a Casiano, pero le tenía miedo, y guardó silencio, esperando el desquite.

El correntino corría como un endemoniado, "con una suerte loca", que hacía la desesperación de su rival. Partía a escape, gritaba, gesticulaba, inclinaba ya a un lado, ya a otro, su cuerpo de gigante, hacía dar a su caballo vueltas bruscas en mitad de la carrera, y regresaba al rodeo con la res, altanero, el sombrero en la nuca, la sonrisa en el rostro, el arreador levantado en alto en señal de triunfo.

—Este correntino tiene Dios aparte,—había dicho uno; y el indio Salustiano agregó entre dientes:

—A cada santo su día.

No tuvo que esperar mucho tiempo para ver satisfechos sus anhelos.

Varios peones corrían un novillo hosco de gran alzada y respetable cornamenta. Era ligero, los caballos de los perseguidores no daban, y Casiano, que tenía gran confianza en la rapidez de su "pangaré", pidió la bolada, cerró piernas y se lanzó como flecha por el peligroso cuesta abajo. La peonada miró con ansia y pudo ver cómo el jinete alcanzaba la res, le hacía costado y, con asombrosa

destreza, la traía al rodeo, cansada, rendida. Pero al entrar, al trote largo, en el peladar cubierto de una capa blanda y resbaladiza, el pangaré se dió vuelta de golpe, arrojando lejos al amo, cuyo corpachón cayó de espaldas, produciendo el ruido de un rancho que se desploma.

La risa fué general. Salustiano preguntó con acento hiriente:

—¿Paró, don Casiano?

—¡Con lo ancho'el lomo!—replicó éste furioso, y se puso en pie para volver a montar. En ese momento las carcajadas resonaron con más fuerza: era que llevaba una bosta de vaca adherida a la espalda; lo que dió motivo al indio para gritarle irónicamente:

—¿Por qué no ata el fiambre al fiador, don Casiano? ¡Mire que lo va a perder!...

Casiano se quitó la inmundicia con el mango del arreador, y se fué derecho al indio en actitud amenazadora.

—¡Trompeta!—dijo alzando el palo.

Salustiano, muy pálido, echó mano al cuchillo; pero los compañeros intervinieron y la cosa no tuvo mayor trascendencia.

Sin embargo, cuando el correntino llegó a su rancho, iba con un malhumor poco común en él. Al llegar a la enramada para desensillar, le dió un moquete a Cleta,—porque le había pisado un cojinillo,—que le hizo sangrar las pústulas de la cabeza.

A sus gritos acudió Asunción,

—¿Por qué le pegás a la criatura?—preguntó enconada.

Y él, tirando el basto contra el suelo:

—¡Amolá mucho y verás si hoy ba ser el día que te largue por un cañuto!

La china lo miró, dió media vuelta, sacudió la pollera en señal de desprecio, y fuése para la cocina cantando con su voz aguda y penetrante:

¡Cielo, cielito,
cielito del despampajo,
que si te saco el horcón
te se viene el rancho abajo!...

El correntino, manifiestamente "quemado", no contestó y siguió arreglando el recado. Luego refregó el lomo a su caballo, desenfrenó y largó.

Cuando entró a la cocina para almorzar, iba como toro embravecido. Su cuchillo, siempre muy afilado, cortaba trozos de asado que el gaucho masticaba con fuerza, haciendo mover todo el bosque de pelos de su barba. Tan irritado lo encontró Asunción, que, dominando sus ímpetus, se abstuvo de toda querella. Mas, así que la barriga se iba llenando, la tranquilidad iba invadiendo al gigante. Y a medida que aclaraba su rostro, naturalmente franco y bueno, la hiel circulaba por las carnes pobres, por los miembros escuálidos de la china. A cada pregunta de Casiano contestaba con un descomedimiento, hasta llegar, camino ascendente, al esteral de sus insultos.

—¡No me calentés, Sunción!—había dicho él una vez; y ella proseguía.

El gaucho tomaba mate y mordía el pucho, un pucho chiquito que le quemaba el bigote.

—Tomá, pegamelé un botón a este saco,—dijo alargándoselo a la china.

—No tengo auja; se me ha roto el ojo del auja, —contestó ella.

—¡Lo que vos no tenés es bergüenza!...

—¡Y lo que a vos te sobra es lengua, mancarrón sancocho!

—¡Sunsión!

—¡Andá, andá!...

—¡Sunsión!...

A cada palabra, la voz del correntino se hacía más ronca y amenazadora. Su mujer comprendió el peligro; pero una vez lanzada en aquel camino, ya no podía retroceder. Al último ¡Sunsión!... de Casiano, había respondido furiosa:

—¡Andá a juntar bosta!...

El correntino se levantó pálido y terrible como para fulminarla. Su cuerpo de atleta se irguió altanero con el orgullo del macho fuerte; su cabeza de potro, de potro cerril de largas crines enabrojadas, se alzó como herida de un latigazo; sus ojos tuvieron un relámpago de cólera, sus poderosos dientes rechinaron con fuerza. La mujer, espantada, retrocedió hasta dar con las espaldas contra el muro, y allí quedó con las manos crispadas, el rostro trastornado, los ojos fuera de las órbitas. *Zorro*, asustado, se interpuso ladrando.

El gigante se detuvo: la crisis sanguínea había pasado. Asunción estaba salvada.

Lucio, que estaba por cebar un mate, quedó con

la caldera levantada y la boca abierta, en cuclillas, al lado del fogón; mientras Cleta, movido el linfático rostro por una sonrisa triste de niño enfermo, miraba al coloso, encantada de verlo así, tan grande, tan bello.

Casiano se serenó rápidamente, y antes de que Asunción volviera de su estupor,

—Lucio,—dijo,—baya, monte a caballo y traigamé el escuro de su madre.

Y en seguida, dirigiéndose a la china:

—Y vos andá a hacer un atao de tuitas tus pilchas y aprontate pa volar.

Estas palabras fueron dichas con voz tranquila y calmosa; pero había en ellas tal firmeza y energía, que la china obedeció sin chistar.

Poco después, Asunción, vestida con su mejor vestido,—uno de zaraza marrón con flores verdes,—atado a la cabeza un pañuelo de seda multicolor y puesto el atado de ropa en el gancho de la montura, se disponía a partir para el pueblo, ignominiosamente arrojada de su rancho. Estaba más bien triste que enojada y no se atrevía a hablar una sola palabra, amedrentada con el recuerdo de la escena de la cocina.

Montó a caballo, sola, de un salto, como un macho; castigó y partió al trote, altiva, bien derecha en la silla y sin volver la cabeza ni decir adiós.

Había andado un corto trecho, cuando su marido la llamó.

—¡Ché!—dijo.

Ella detuvo la cabalgadura y volvió el rostro:

—¿Qué querés?

—Mandame del pueblo una mujer pa cuidar los muchachos.

Asunción quedó un momento indecisa; luego, con voz humilde:

—¿Cuánto bas a pagar?—dijo.

—Cuatro pesos.

Volvió a meditar, y en seguida con resolución:

—¡Y güeno!—exclamó,—pagamelós a mí y yo me quedo.

Casiano, a su vez, quedó perplejo, asombrado con lo extraño, inesperado, absurdo de la proposición. Meditó, sonrió y preguntó con sorna:

—¿Como piona?...

—Como piona,—replicó Asunción.

—Güeno, bajate.

Ella se acercó, desmontó, y, tomando el atado, se dirigía al rancho.

—No,—gritó Casiano,—pay no; de piona... ¡la piona ba a la cocina!

ÍNDICE

ÍNDICE